

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1927 Sábado 27 de Agosto

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Un héroe: Mitre*, por Juan B. Terán.—*El padre Almansa*, por L. E. Nieto Caballero, Eduardo Castillo y Joaquín Quijano Mantilla.—*El juicio del Profesor Shepherd*, por Rómulo Tovar.—*La farsa del Panamericanismo*.—*Renglones preliminares*, por García Monge.—*Coolidge en la Habana*.—*Paul Valéry*, por Guillermo Jiménez, Eugenio d'Ors y Luis de Zulueta.—*La voz de los mayores*.—*En elogio de María Teresa Montoya*, por Alberto Velázquez.—*Un factor oculto en la crisis de la educación*, por Ernesto Nelson.—*Señales de los nuevos tiempos*.—*La lucha de clases*.

Dibujo de SIRIO

MITRE representa en la historia argentina los ideales cuyo triunfo dará salud a la América española.

Suele darse a los héroes un doble significado: el significado del héroe creador de la vida social, y el del héroe traductor de la vida social.

Ni uno ni otro, en absoluto, me parece verdadero. Hay principalmente creadores, hay principalmente intérpretes. Ninguno deja de añadir porción de su personalidad en la solución de las necesidades que encarna o que satisface. Ninguno prescinde de los materiales que la sociedad junta a su lado para la creación de su obra.

Mitre fué principalmente intérprete de un ansia entrañable de la vida argentina, pero necesitó ésta para realizarse la presencia de un hombre con condiciones variadas que en ese momento sólo él poseía.

Las razones exteriores son parte principal en la fortuna de la acción política. El director de pueblo se diferencia en esto del pensador o del filósofo, que puede irradiar por el mundo desde un rincón remoto su nueva verdad o su nuevo verbo.

Estos alcanzan influencia, promueven una revolución por encima de aquellas condiciones materiales y contingentes, pero el político, el estadista, el actor de un momento histórico de la sociedad están subordinados profundamente a ellas.

¿Cómo cambian los destinos la hora y el lugar en que han de incubarse! Hay vidas en las que es visible la fuerza adversa que las limita. Los hombres de la Revolución tuvieron por obra en que no intervinieron, un grande escenario que levanta por sí solo sus figuras. Las generaciones posteriores carecieron de él y una penumbra esfuma algunos contornos que se presiente enormes. ¿Cuántos habrán muerto en la melancolía de ver frustrados poderosos ideales, en los años que corrieron desde 1820 a 1850, lapso que comprende dos veces el espacio mayor de la vida humana, según el cálculo de la frase repetida de Tácito? Las primeras gene-



Un héroe: Mitre

=De la obra *La salud de la América Española*. Casa Editorial Franco-Ibero-Americana. — Paris.

Con esta obra se comunica otra del mismo Autor y también muy reciente: *El nacimiento de la América Española*. — Tucumán. — R. A.

Lean los jóvenes estudiosos los escritos del Dr. Terán, Rector de la Universidad de Tucumán, en la República Argentina.

El Dr. Terán es uno de los más sinceros y medulares promotores de ideas e inquietudes en la América española.=

raciones que doctrinaba la Universidad, del 21 al 30, llegarían, si llegaban, treinta años después a vivir en los tiempos de Caseros, con la juventud esterilizada y los ensueños marchitos o extinguidos.

Mitre no fué tan feliz como los primeros, ni tan infortunado como los últimos, pues comenzó a actuar sin escenario y su gloria está en haberlo creado por su acción, para su país, para las nuevas generaciones, y por añadidura para sí mismo.

A fines de 1860, cuando parecía asegurada la paz que solamente Mitre y Urquiza querían, aquél invitado por Derqui visitó Entre Ríos, deteniéndose en Concepción del Uruguay, visitó el colegio histórico. Su alta silueta, grave y soñadora a un tiempo, proclamando a los estudiantes, fué un recuerdo perdurable para la imaginación juvenil puesta delante del guerrero y del tribuno. Uno de ellos, cincuenta años después, con la voz conmovida ante la evocación, recordaba los motivos: «Ustedes saldrán mañana de este colegio para medir las tierras que ha de regar el sudor y que antes sólo regaba la sangre; para descubrir las riquezas que las luchas han esterilizado y transportarlas triunfantes por vuestro río hasta los más lejanos países del mundo.»

La hermosa promesa debía eclipsarse pocos días después, pero para lucir definitivamente en toda la extensión del suelo pacificado, como un escenario abierto para las ambiciones del espíritu y las labores de la industria de las nuevas generaciones.

Por haber hecho eso precisamente, por haber asegurado la paz y la unidad de los pueblos trastornados por el espíritu de facción, y no obstante lo múltiple de sus facultades, lo abundante y prolongado de su acción, es, por encima de todo, el héroe de la solidaridad nacional.

Todas las demás revelaciones de sus talentos, todas las peripecias afortunadas de su carrera pública, los testimo-

nios de su actividad investigadora y curiosa de erudito, son verificaciones de las calidades que le permitieron consumir el trabajo de la unidad política argentina. En esa obra se acendran y brillan la prudencia del gobernante, la severidad del historiador, el sentimiento del poeta, la profundidad del filósofo y del humanista que un día descubriría, confirmando sus intuiciones, el sabio escepticismo de Horacio y la justicia trascendental del Dante.

Todo eso está sumado, antes de producir sus sendos frutos, en la gesta que ha comenzado antes de Cepeda, cuyo nudo es Pavón y que se prolonga hasta la presidencia de Sarmiento.

Pongámonos en presencia de su figura, limpiándonos de la bruma de las pasiones que las luchas han heredado como una sombra, persistente y vaga, y evocando los factores y los hombres,—como si fuéramos meros espectadores de un drama—las tradiciones que dirigían los sucesos, la tenacidad de los instintos que alentaban a caudillos y que los personajes no disimulaban, cuando la aspiración por la paz no era el ansia de los directores ni ella habría de quebrar sus ambiciones ni tampoco de pueblos que habíanse amamantado en la guerra, y se verá lo que hubo de acción personal en la pacificación que sobrevino a Pavón.

Urquiza era elemento fundamental para lograrla y la declaración de Mitre reconociéndolo encarece su propia grandeza en mayor proporción que acrecienta la de su adversario.

No fué Mitre, he dicho, un simple traductor, que puso en limpio un texto borroso, o dió la fórmula ingeniosa o galana a un hecho anterior; tampoco lo creó, arrancando la materia prima de su propio espíritu, pero fué quien pronunció el *fiat* que solamente sus labios podían pronunciar y sin el cual habrían continuado latentes y larvadas las fuerzas que él canalizó, proporcionó y alumbró.

No solamente no interpretaba, sino que quizá contrariaba el pensamiento y el deseo de muchos hombres, sus propios colaboradores, pero había abierto ese gran ojo comprensivo, que es el signo de los héroes, sobre el fondo del corazón del pueblo y de su historia, y conocido su destino, a despecho de lo que las palabras decían.

Las ambiciones de unos, el prudhomismo de otros, la palabra paralizante de los filisteos que reaparece periódicamente: «no ha llegado el momento», voces gárrulas, apasionadas, contradictorias se elevan, huracanadas, a veces, a su alrededor, pero el héroe no se desvió un instante del pensamiento que lo obsediaba.

Elizalde le decía: «Tenemos que abrogar la Constitución y fijar un nuevo punto de partida a la historia; usted no puede hacer hoy, después de Pavón, lo que condenamos en Urquiza, después de Caseros.»

El poeta Mármol, un mes antes de Pavón, le decía: «Si el resultado del triunfo no ha de ser otro que la separación de Buenos

Aires y si esa separación puede hacerse por la paz, la guerra es, no solamente inhumana, sino insensata.»

Su ministro de la Riestra quería como Elizalde la abrogación de la Constitución y si no la nacionalidad sobre la base unitaria, como en 1826. «La nacionalidad argentina con los poderes y los partidos existentes es una obra irrealizable. La incorporación de Buenos Aires, en las condiciones pactadas el 59 y el 60, no fué ni será popular. El triunfo de las armas liberales, agregaba, no dará satisfacción al problema nacional en el estado en que se encuentran las provincias.»

Palabras eran éstas sinceras, prestigiadas por la lealtad de un ministro y de un amigo. Mitre nunca las oyó.

«He combatido siempre, decía contestándolas, la preocupación de que la dificultad de la unión de Buenos Aires con las provincias radique en el estado político y social de los pueblos del interior. Si usted se fija, admirará la vitalidad de esos pueblos en el sentido del bien, recordará que Buenos Aires encontró a su lado provincias cultas como Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy. Dé usted un movimiento de virtud a Derqui, un grano de buen sentido al Congreso y tiene usted que la República Argentina puede ser una de las Naciones más bien constituidas y más bien gobernadas.»

La palabra que, a juzgar por la generalidad con que es insinuada, parecería dedicada a seducir la vanidad de los directores, y que traducía el pensamiento confesado de alguno de ellos, era la de la independencia de Buenos Aires. «No nos queda otro camino que el de la independencia», le decía uno de sus ministros, ya que hemos probado poder sostenerla con las armas.

Mientras unos se asombraban que se buscara la independencia de Buenos Aires por la guerra cuando la paz podía darla y otros preferían el recurso de las armas para asegurarla, Mitre afirmaba que «lo único bueno y fecundo que hay que dar a estos países desmoralizados por el espectáculo de continuas luchas, que han pervertido el espíritu de los pueblos, es la paz, creando y robusteciendo los elementos de sociabilidad que necesitamos para ello. Si hay alguno a quien la idea de la guerra debía sonreír es a mí, pero esto me hace trabajar más sobre mí mismo para comprimir las ardientes aspiraciones de ambición que deben trabajarme.»

Esa idea de la separación definitiva de Buenos Aires que los propios consejeros de Gobierno insinuaban a Mitre, se convirtió en la invectiva de Juan Carlos Gómez — ese Prevost-Paradol rioplatense — en sus cartas sobre la triple alianza. Hoy, la publicación de los papeles confidenciales de Mitre dejan ver la verdad de la réplica con que éste respondiera, hace cincuenta años, la arrogante imputación.

Pero no eran opiniones o consejos secundarios, aunque sinceros, los únicos que venían a perturbar a Mitre en la fiebre

de la lucha o de la ansiedad permanente de los años que precedieron o siguieron a Pavón; eran otras tan altas como las de Sarmiento.

«Ha mostrado Vd. antes y después de la campaña—le escribía desde el Paso de la Herradura, dos meses después de Pavón—una predisposición a transigir con el partido contrario que ha hecho trepidar a sus mejores amigos.»

«En el arreglo propuesto antes de la batalla todos sus amigos disientan con Vd.: volver a él después de la batalla heriría profundamente el sentimiento de partido, para el cual mostraba Vd. una especie de «insensibilidad».

«Nunca la opinión se había visto por tanto tiempo sofocada por el pensamiento de un solo hombre.»

«Todos confían en su prudencia, en sus talentos, en su pericia militar, pero todos se lamentan de su inacción, muchos dudan de su pasión política.»

Esta carta del grande hombre es un testimonio único para juzgar el papel de Mitre, para mostrar cómo el héroe se puso por encima de conveniencias, de sugerencias, de ambiciones, para decidir con serenidad lo que interesaba no a su partido, a sus amigos, sino al país como un conjunto de amigos y adversarios. Por eso es el fundador, el creador de la unidad nacional.

Después de Pavón comienzan a subir de punto las voces, esta vez altaneras y con aire de proféticas, que quieren destruir a Urquiza, como la condición indispensable para conjurar el desastre. Sarmiento saluda a Mitre diciéndole: «... que aplique Vd. su gloria y felicidad a hacer desaparecer a Urquiza, única nube negra que queda en el horizonte.»

Otros, muchos, los mismos que endiosaban meses atrás al caudillo de Entre Ríos, son, desde todos los extremos del país, los más celosos musitadores de palabras de alarma y de desconfianza: «dicen que el general se arma», «que ha habido reuniones en San José», «ha despachado agentes secretos», «que esta vez será la decisiva».

Sarmiento háiale escrito a raíz de la batalla: «Urquiza debe desaparecer de la escena, cueste lo que cueste. Southampton o la horca. No trate de economizar sangre de gaucho.»

Su propio Gobierno delegado—Ocampo, de la Riestra, Obligado—consideraba necesaria la destrucción de Urquiza, y con aquéllos Alsina y Vélez. Mitre contestaba: «No podemos imitar los procedimientos de los vencidos: la intolerancia y el odio. Debemos tomar a la República Argentina tal cual la han hecho Dios y los hombres.»

Hábales dicho antes: «Recuerden ustedes que un hecho semejante dió al general Urquiza el mayor auge de crédito ante el mundo, cuando al frente de 20.000 hombres hizo la paz con 5.000, sin exigir más de lo que había exigido la víspera de su triunfo, y sólo a esta circunstancia hemos debido la esperanza de poder unir y orga-

nizar la República Argentina.»

Triunfaba esa calidad del héroe, de que sus contemporáneos carecían o desdeñaban, un sentido realista, una visión profunda de los hombres y de su tiempo que le decía lo que debía concederse a las circunstancias para triunfar de ellas.

Fué ese sentido de que careció Rivadavia y cuya falta impidió, quizá, que el general Paz en pleno año 30 anticipara los preliminares de la organización, o frustrara la tiranía al menos, entendiéndose con los caudillos a quienes no creyó.

La blasfemia que fuera aconsejar a Paz entrevistarse con Quiroga, lo era para los amigos de Mitre entenderse con Urquiza, conducta que aseguró sin embargo la unidad y la pacificación nacional.

Vélez y Sarmiento fueron adversarios decididos de tal procedimiento, y por haberlo adoptado la obra de Mitre se consumó como un hecho perdurable, y como una lección de tolerancia, de lealtad, de confianza en los hombres, digna de Franklin, cuya aureola recuerda a veces la de Mitre.

Afirmaba entonces su fe en lo que años después llamaba en su testamento político «el instinto de la belleza moral que en política triunfa siempre» y abogaba por lo que en ese mismo documento llama «el bien de todos sin desear el mal ni aun a su propio adversario».

Si esto proclamaba en la cumbre de la fortuna y de la gloria en 1867, para valorarlo, recordemos que lo practicaba el año 60, después de una derrota y en vísperas de los azares de la campaña.

Volvía a repetir la divisa que había formulado: «La mejor idea es aquella que divide menos las opiniones».

Hacia la defensa de su política en carta a Adolfo Alsina, el año 68, y le decía: «Por eso fué que acepté francamente la cooperación del General Urquiza, después de declararle que la reorganización debía hacerse por principios contrarios a los que él había sostenido». «Política experimental llamaba a la suya Mitre en esa carta, que toma en cuenta los hechos, sin abdicar de sus creencias, y que adopté para hacer una Nación de todos, con todos y para todos, conciliando el hecho y el derecho, haciendo predominar sin embargo un principio superior independiente de circunstancias accidentales y de influencias personales.

He ahí por qué viene naturalmente evocado el nombre de Franklin, por la altura moral, por la capacidad para vivir y proceder de acuerdo con razones superiores que superan las ventajas visibles.

El grano de poeta y el grano de filósofo que Mitre tenía, refractaban la luz de los acontecimientos y dejaban ver los elementos ocultos que ellos encerraban. Carlyle se preguntaba en presencia de un héroe cuál era su concepto de la relación del hombre con el universo para tener sobre él el mejor elemento de juicio.

Habría encontrado en Mitre que, como humanista, sabía cuán pasajeras son las

apariencias de los fenómenos sobre todo políticos, epidermis de fenómenos, y cuán necesario es tener permanentemente tendida la mirada hacia lo universal, porque el alma humana es una y lo que ha vivido, lo que alguna vez se ha mezclado en la vida de los hombres, vivirá eternamente.

Esa «insensibilidad» a la pasión, esa preocupación de transigir con el «réprobo» Urquiza, de hacer la Nación «con todos y para todos», esa confianza en «el instinto de belleza moral del pueblo» rebelaban en el héroe la calidad práctica y ética que hace pensar en Franklin.

Hábale permitido comprender que no podía reproducirse el error de Rivadavia: de considerar como cosa muerta la realidad social de la República para fundar el orden, pero no adoptaba tal conducta pensando solamente en su «eficacia» porque encerraba también un ideal moral, el de la solidaridad y la concordia, que daba a la empresa fuerza y belleza a un tiempo.

Que la invocación de tales sentimientos no era una simple habilidad como podría haberlo sido en un discípulo de Maquiavelo, lo demuestra la fidelidad con que los sirvió durante su vida: «la transacción» del 62 con Urquiza fué la «conciliación» con Avellaneda el 78, «el acuerdo» con Roca después del 90. Desde el 30 al 50 Rosas había predicado la inclemencia con el enemigo; «escarmientelos sin piedad»;

La revista Cromos de Bogotá

En la administración del REPERTORIO AMERICANO hay la posibilidad de conseguir ejemplares nuevos de la revista *Cromos de Bogotá*. Como se trata de un semanario ilustrado de hermosas letras y de mucho crédito en Colombia, no dudamos que algunos de los colombianos y costarricenses que nos lean nos soliciten luego la suscripción. Disponemos de los números 553, 554 y sucesivos. Vendemos el cuaderno a razón de **₡ 0.75**, puesto en cualquier lugar del país.

Al mismo precio, a **₡ 0.75**, vendemos también AMAUTA, la notable revista de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica que edita en Lima José Carlos Mariátegui. Disponemos del número 1 al 8, el último que ha salido.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO

Oficinas: LIBERTAD N.º 747.

Exterior. » **8.00** dólares.

BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

«huya Vd. de la idea diabólica de la fusión de los partidos, que ha perdido a algunos amigos», escribía a sus corifeos.

Esa idea directora de la política argentina fué reemplazada por esta otra de la unión y de la concordia, en que Urquiza fué un colaborador decidido.

Esa idea ha desaparecido, y su ausencia es la que entristece al observador de nuestros días, no solamente ya como un espectáculo nuestro, sino como un hecho mundial.

En el silencio del retiro provinciano aparece tan claro el sofisma de la filosofía invasora y prevalente, que dá su teoría a ese hecho, que se está tentado a atribuirlo a la pobreza de la información o a la limitación de vista perteneciente, pero no por eso se debilita la convicción del absurdo que contiene. El absurdo reposa en una petición de principios y en una ignorancia de la cuestión; la primera, la de aspirar a crear el amor entre los hombres con las armas más afiladas del odio; la segunda, la de querer medir cuantitativamente la felicidad cuando ella es, en esencia, un fenómeno espiritual, inmensurable y relativo.

Volviendo a Mitre, no quiero decir que procedía como un moralista puro, por la simple belleza ideal de la conducta, puesto que era un político, pero tampoco como un «práctico» que de paso hacia un fin positivo encontraba en el camino la aprobación del bien, sino como un hombre con «grandeza de alma» que sabía, como Franklin, que en el fondo de lo bueno hay un contenido inmenso de utilidad y una regla segura de conducta. No lo fueron para él ni el deseo de triunfar a cualquier costa, ni la vanagloria ni la popularidad, que trataba, no hoscamente como un misántropo, pero sí benignamente como a un niño, a cuyo humor variable no hay que ceder.

La falta de esa grandeza de alma hace la superficialidad aparatosa de los grandes laboriosos sin meditación, o la esterilidad presuntuosa de los preocupados en no ser «juguete de nadie», o no ser engañados, y de los «vivos» que son los usureros del éxito, porque su goce no está en el fruto de su trabajo, sino en lo que hurtan al trabajo de los demás.

La grandeza de Mitre está en la sinceridad con que habla a amigos y enemigos; en la verdad de lo que hace y de lo que dice; en su devoción por la patria y sus hombres; en su incapacidad para los juicios precipitados y malevolentes; en la simplicidad de su conducta y de su vida; en la capacidad de renunciar si en eso hay un bien para su país.

Reflejos de Franklin hay en Mitre, pero también de héroe de Homero: héroe sin gesto, prosa sin epíteto, severa y serena figura, hecha de prudencia y de nobleza, como si se hubiera anticipado a la línea del mármol, blanco y duro—humana a un tiempo y perdurable.

JUAN B. TERÁN

CON las manos cruzadas sobre el pecho y envuelto en el tosco sayal de San Francisco el padre Almansa duerme. Y mientras duerme para no despertar sino en la gloria, su espíritu, como un perfume, se esparce por la iglesia que perpetúa el recuerdo de un Bogotá místico y silencioso que ha ido desapareciendo. Es imposible, en medio del dolor que causa el adiós del viejecito, no sentir la inmensa alegría de haberlo conocido. Almas como la suya no animan cuerpos terrenos sino de tarde en tarde. Lo mismo que el genio, la virtud absoluta es un don raro. Y tiene sobre el genio que es un imán para las mentes, el privilegio de ser un imán para los corazones.

Nada había más nuestro, más de toda la ciudad, que el padre Almansa. Nacido en ella el 5 de agosto de 1840, iba a completar ochenta y siete años de bondad, de humildad, de alegría y de pobreza. Era la copia fiel de aquellos compañeros de San Francisco, ingenuos y sonrientes, que predicaban el amor a todo y resolvían con palabras de extraordinaria sencillez, cuya profunda significación eran ellos los primeros en ignorar, los más sutiles problemas.

«La santa humildad no sabe hablar; el santo temor de Dios no sabe discursar», dijo fray Gil, quien comparó a la virtud opuesta a la soberbia con el rayo que destroza, rompe y abrasa lo que encuentra, sin que de él parezca después nada, puesto que ella hiere, disipa y destruye toda malicia y todo vicio sin que sea nada en sí misma. «El hombre que tiene humildad, por la humildad encuentra gracia cerca de Dios y perfecta paz con su prójimo». Logra cuanto se propone sin que el rostro se congestione ni se le vean las batallas.

El padre Almansa hacía amar la vida e inspiraba, aún en los tibios, aún en los incrédulos, aquella religiosidad que es arranque del espíritu hacia Dios y gratitud por los dones con que nos enriquece. No necesitaba hablar. El no sabía argumentos para combatir errores ni tenía razones para disolver escrúpulos. Pero convencía con su mirada bondadosa, con su sonrisa iluminada de cielo, con esa vida fragante en que todo



El Padre Almansa

era escasez, pero sin vanagloria, porque a él la escasez le parecía abundancia.

Su inocencia no le permitió comprender el pecado. Las palabras con que se expresaban las aberraciones de la carne o de la mente debían pasar por su espíritu como las gotas de rocío por un plumaje. No podían impregnarlo. Resbalaban para perderse suavemente en los raudales de su misericordia. Dulce brotar del torrente sonoro y cristalino en que las impurezas escuchadas se disolvían, sin que pudieran alterarse ni el color ni el sabor de las aguas! Seguían copiando el cielo en sus remansos y seguían aplacando la sed de todos los peregrinos.

Era la objetiva demostración de que la chispa divina anima a los humanos. Sólo de muy alto podía haber descendido ese suave mirar para lo que nos tortura, ese tierno desprecio por los bienes de la tierra, esa inmensa caridad del espíritu. La otra es bella y fácil. Dar de comer al hambriento o vestir al desnudo, son obras al alcance de cualquiera que no

esté pervertido. Pero pensar bien de todos, hallar excusa para sus yerros, implorar el perdón para las malas vidas, saber por instinto que la infinita justicia es la infinita piedad y que nadie puede caer sin volver a levantarse, porque hay un Dios que a nadie niega su ayuda, es alcanzar ya las regiones en donde nacen las alas.

Y como era hecho de nuestra misma carne y estaba sometido a nuestras mismas pruebas y a nuestras mismas tribulaciones, la enseñanza del padre Almansa, la de su simple contacto, la de su simple contemplación, dejaba la impresión inefable de que Dios anda en la tierra y se revela por medio de seráficos enviados. Hay tiempos necesitados de predicación y tiempos necesitados de ejemplo. Pero el ejemplo obra mejor que la predicación. Puede haber oídos sordos o mentes confusas a los cuales no lleguen los acentos que imploran o exigen un cambio de rumbo pero no hay ojos que se cierran al espectáculo de una vida maravillosa de sencillez, ni hay ce-

guedad que no penetren los rayos de una virtud que hace el día en las tinieblas.

El padre Almansa no se dio cuenta de lo que valía, ni supo, aún sabiéndolo, que Bogotá tenía en él al hijo de que se sentía más orgullosa, al único universalmente querido. Pensadores, escritores, sabios, grandes servidores públicos, hombres de empresa y de laboratorio, industriales o profesionales, a ninguno le faltan envidiosos, a ninguno le faltan enemigos. Los mismos sacerdotes, aun en medios piadosos, son objeto de murmuración. El padre Almansa fué único. A él iba espontánea y fervorosamente el tributo de todos. Pero él jamás sintió orgullo. Ni pesó ni midió, ni contó las ofrendas de veneración y de cariño. Estaba en la tierra, pero estaba ausente. Era un monje del siglo XIII que se había escapado de la Porciúncula. O mejor: era un enviado del fundador de la Orden, encargado de enseñar el renunciamento y la caridad en un mundo que todavía tardaría casi tres siglos en ver llegar las carabelas de los descubridores.

En las *Floreillas* hallamos la noticia de que decía fray Gil que a San Francisco no le gustaban las hormigas como los demás animales, por el gran cuidado que tienen de reunir y acumular gran cantidad de grano en tiempo de verano para el invierno, y decía que los pájaros le gustaban mucho más porque no guardaban nada de un día para otro. Lo mismo ha debido pensar el padre Almansa. En su mísero lecho se sentía como un príncipe. No hacía gala de austeridad. Nadie sabía si se imponía penitencias. Todo en él era natural y para sus ojos sin mérito. No pensaba en el día que seguía. Como los lirios que superaban en esplendor a Salomón, él se sentía rico con su hábito raído, y como las aves del campo, él esperaba de lo Alto el cotidiano alimento. Por eso de sus labios, y enfrente de la vida, nunca se escapó una queja.

Era una delicia verlo pasar, verlo vivir, saber que Bogotá lo tenía ahí, en la risueña iglesita colonial, como una reliquia. Lo sentíamos como un escudo contra la cólera celeste de que hablaban predicadores

San Rafael Almansa

sanguíneos y efusivos. Era nuestro pararrayos, nuestra joya, nuestro modelo, el hombre que hubiéramos mostrado a Dios para librarnos de un castigo y el que nos mostráramos los unos a los otros para enseñarnos mutuamente a amar a todas las criaturas y a refrenar la lengua. El nos decía las palabras, pero se ceñía al mandato que en el cristianismo termina con la sublime exclamación: «Bienaventurado aquel que se juzga y condena a sí mismo y no a los demás, porque él no será condenado en el terrible y último juicio eterno!»

Para creyentes e incrédulos será nuestro abogado. Evocar su figura y su recuerdo es ya hacer oración. En alas de su espíritu iremos hasta Dios y por él olvidaremos lo triste de la vida y el tantas veces satánico ardor de nuestras luchas. Enorgullecidos de saberlo tan nuestro, producto de Bogotá, aroma de Bogotá, patrón excelso de benevolencia, e iluminados por todo lo que en largos años de amistad nos dijo, con palabras sencillas, de un inmenso afecto, cuando en horas de amargura se nos venga a la memoria nos sentiremos consolados, como en horas de tropiezos nos sentiremos mejores. Personalmente, al nombre del padre Almansa tenemos adherido un pedazo del alma: fué confesor de nuestra madre y él humedeció, para el ingreso en la comunidad cristiana, las cabecitas adoradas de nuestros hijos.

El agua que vertieron sus manos temblorosas sobre estas cabecitas, una de las cuales yace reclinada en la almohada de piedra en donde el sueño es sin sueños, la vertemos ahora nosotros por los ojos. Un amigo querido con todas las fuerzas del corazón y de la mente se nos va de la vida. Y en tanto que la ciudad conmovida suspende el aliento ante los fúnebres despojos y que la iglesia prepara en honor del hijo amado las más bellas ceremonias, nosotros musitamos dulcemente las palabras de esa liturgia franciscana que él debió repetir sin darse cuenta de que a él se le podrían aplicar: «Una nueva flor se ha abierto en el rosal de los santos».

L. E. NIETO CABALLERO

(El Espectador. Bogotá).

Yo tenía diez años. Ignoraba que la vida era dura; miraba todo con ojos de pajarito y sentía en mi corazón la dulce inquietud de quien no tiene aún la carne ni el espíritu flagelados por el pecado.

El padre Almansa era pastor de almas en Bucaramanga, y ostentaba en su fisonomía y en su porte el vigor de un hombre en la plenitud de la vida.

Un día, tras un examen de doctrina cristiana, se me admitió como acólito en la iglesia de Piedecuesta, y me hice amigo del padre Almansa.

Mi familia tuvo que trasladarse a Sube, el conocido balneario santandereano, y el padre llegó por aquel tiempo a tomarse unos días de descanso y a bañarse en las aguas del río Jordán.

Pasar a nado el río Jordán es ser un gran nadador.

El padre pasaba el río con la mayor facilidad, y les ganaba en destreza a todos los nadadores.

Una tarde me llamó y me dijo:

—Cógete bien de mi cuello, y te paso al otro lado.

En mi vida he tenido un susto igual.

En la banda opuesta, el padre me sentó en una piedra y se puso a darme lecciones de cómo debía mover las manos y los pies para no irme a fondo.

Luego volvió a decirme que me cargara a sus espaldas para pasarme al otro lado, y yo me puse a llorar de miedo.

Entonces me cogió por la cintura y me echó al agua diciéndome:

—Bracea y patalea, porque si no te ahogas.

Y así me pasó de nuevo.

Días después, atravesaba yo el río como el mejor de los nadadores del pueblo, teniendo siempre en cuenta las lecciones que me había dado el padre.

Años más tarde encontré en Bogotá al padre Almansa, y me fui hacia él como viejo amigo.

Su retentiva era tan grande como la del general Rafael Reyes.

Las penas, las enfermedades y los años, no le hicieron olvidar mi fisonomía.

Sus primeras palabras fueron

Al Padre Almansa

Como el doctor seráfico que en celestial arrobo en su himno al **Frate Sole** le dijo hermano al lobo de Gubbio, hermano al fuego y hermanas a las rosas, y comprendió su íntima hermandad con las cosas, lo mismo tú, mi santo, que hechizas a tu aprisco con la fácil y alegre santidad de Francisco, podrías, con tus pláticas sencillas y tus preces catequizar las aves y aleccionar los peces y renovar las suaves e ingenuas maravillas que en páginas de oro narran las **FLORECILLAS**.

Tu Cristo no es el Cristo de faz triste y severa que azotó a los cambistas y marchitó la higuera, sino el Maestro lleno de caridad que dijo al mundo la celeste parábola del **Hijo Pródigo**, y la parábola del **Buen Samaritano**, que acarició a los niños con amorosa mano, y que ante gentes limpias de orgullo y de cizaña dijo el inolvidable **Sermón de la Montaña**.

Por eso y por tu alma cándida de paloma, por tu vieja sotana que exhala un grato aroma de unción, por tus cabellos más albos que el armiño, por tu **sancta simplicitas**, por tu candor de niño, y porque por la tierra pasas haciendo el bien, eres un limpio espejo de Jesucristo.

Amén.

EDUARDO CASTILLO

(El Espectador. Bogotá).

para recordar a mi madre. Luego me preguntó si había olvidado las lecciones de natación, y sonriendo con su sonrisa bondadosa me dijo:

—Ahora tengo que enseñarte es a nadar en el mundo, para que no te ahogues.

Desde entonces yo le buscaba con más asiduidad que antes y echaba en su piadoso regazo todas mis penas y mis culpas.

Jamás olvidó el padre Almansa sus años de vida en la tierra santandereana.

—Para mí, me decía, el mejor recuerdo que guardo es el de mi amistad con el padre Estebán García, cura de Piedecuesta. ¡Qué sábados tan sabrosos los que pasábamos juntos! Yo rezaba temprano el rosario en Bucaramanga; cogía un par de alpargatas, y cuando ya estaba oscuro, me salía de la población al anochecer, para llegar a Piedecuesta a las nueve de la noche a comer tamales y chocolate en unión del padre Estebán en la casa cural. Y amanecía luego en Bucaramanga, sin que nadie supiera jamás que yo había caminado a pie siete leguas para ir a pasar un rato sabroso. En Piedecuesta decían las gentes que veían un fraile por las calles en altas horas de la noche, y muchas personas llegaron hasta quedarse sin respiración del susto que les daba. Yo, por mi parte, me distraía golpeando en las puertas de mis amigos y corriendo luego, para llegar a Bucaramanga antes de amanecer a decir la misa.

Y el padre Almansa ponía a veces un ceño severo y exclamaba:

—¡Qué viejas tan bravas había entonces, porque uno les tocaba después de anochecer y no contestaba quien era!

Todos los recuerdos del padre Almansa tenían el sabor de las cosas sin complicaciones.

La vida era para él como la de los pajaritos del campo.

Su filosofía era la filosofía de la sencillez.

Toda iniciativa era signo de complicaciones, que de seguro redundaría en una pena. Y las penas no tenían para él razón de ser, porque eran fruto de nuestra imaginación y de nuestro propio esfuerzo.

Nacer, crecer, vivir y acabar como él acabó su larga y noble existencia.

Proceso como el de los pájaros y el de los castores, que vienen a la vida, andan sin preocupaciones, fabrican sus nidos eternamente iguales o sus diques maravillosos, y no imitan a las demás especies, ni molestan a nadie, ni invaden las alturas, ni profundizan los lugares donde se agitan otros seres que cumplen la ley biológica de vivir y morir.

Pero el padre tenía la vida como una simple jornada, y sólo se preocupaba por rendirla con mansedumbre, haciendo a un lado los escollos que les interceptaban el paso a sus semejantes.

El creía que su reino estaba en otra parte, y todo lo pasajero lo miraba con santa indiferencia.

Su preocupación era que todas las gentes no pudieran tener una justa recompensa en la otra vida.

De ahí que aún en los días ya cercanos a su muerte se le viera todavía por las calles de la ciudad, mostrándose a las gentes, como para dar ejemplo de su mansedumbre y de su alegría infantil, a quienes deponían en presencia suya todas sus preocupaciones y sus rencores.

Era una sonrisa del cielo que nosotros podíamos tocar con nuestras manos perecederas, y que nos enseñaba más que mil textos filosóficos o mil tratados de vida práctica.

De ahí que Bogotá esté hoy como nunca lo había estado, transida de pena, incapaz de explicar su dolor y con el ceño inexpresivo de las cosas irreparables.

Y de ahí que los que tuvimos la dicha de oprimir las manos del santo padre Almansa, no acertemos a decir nuestra pena y tengamos que limitarnos a evocar su silueta inolvidable y a decir como no se pueden

decir con labios pecadores sus dulces añoranzas, que eran en sus labios benditos como el más suave aroma.

Por eso esta mañana, al oír yo de los labios del poeta Eduardo Castillo la triste y esperada noticia, sentí como un suave consuelo, porque sólo él, que es como un digno mensajero, puede, con el sentimiento que embarga su corazón, decirle a un infeliz mortal lo que de otros labios que no fueran los suyos sería considerado como una profanación.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

(*El Espectador*, Bogotá).

El juicio del Profesor Shepherd

EL profesor Shepherd es un intelectual americano con una cátedra, entiendo que en la Universidad de Columbia. Es muy conocida su personalidad mental en América; conoce la mayor parte de los más salientes problemas referentes a nuestros países; algunos viajes le han permitido ponerse en contacto con varios de nuestros medios característicos. Su opinión es muy apreciada. También su actitud para con los pueblos que no son sajones en América es muy noble. El pertenece al pequeño o al gran grupo de personas distinguidas de los Estados Unidos que conciben un estado racional de relaciones entre su inmenso y poderoso país y nuestros países desorganizados: relaciones equitativas y justas. Recientemente ha presentado un plan de organización de estas relaciones con tendencias pacifistas. Pero lo que nos interesa de él ahora son algunas declaraciones suyas que hemos visto resumidas en una noticia extranjera publicada en *La Nueva Prensa*, acerca de los gobiernos dictatoriales de Europa y de América. Su punto de vista no entraña exactamente una novedad ideológica. Se ha dicho tanto de estos malos engendros, que puede decirse están ya juzgados por el mundo y por medio de inteligencias representativas como la de Wells en Inglaterra. La opinión del Profesor Shepherd tiene, sin embargo, un alto valor moral. La suya es una excelente firma que se agrega a la protesta permanente que en todas las partes del mundo se ha levantado para condenar las actuales dictaduras. Es su voz, una voz de Universidad, y esto es lo que conviene exaltar. La lucha actual es notoriamente de las clases mentales superiores contra las clases instintivas que asumen el gobierno de las naciones en una forma completamente salvaje, digamos, re-

gresiva, sin la menor consideración de lo que el hombre moderno significa y de lo que la sociedad ha conquistado laboriosamente. Las dos son minorías, desde luego: la primera, la clase intelectual, representa en el mundo una tendencia progresiva hacia la consecución de ideales más o menos bien definidos, sociales, políticos, históricos, y es natural que le corresponda una grave responsabilidad en el cumplimiento de esta función. La otra, la clase rigurosamente política, de esta especie atrabiliaria de que es un exponente odioso un Mussolini en Italia o un Primo de Ribera en España o un Ibáñez en Chile, representa la sórdida pasión de gobernar, nada más que de gobernar con una interpretación del orden social apenas acomodada a sus pretensiones o a sus cálculos o a sus planes egoístas.

Repertorio Americano

Compro y vendo números sueltos y atrasados.

Completo colecciones y las empasto. Precios módicos.

Pida más informes en *La Prensa*, o por el apartado 409, en esta ciudad de San José.

MIGUEL OLIVARES

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Orienta Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Qué deben hacer estas minorías oficiales. Llamémoslas así, para mantenerse en el poder? En cuanto a su propia escena, oprimir, y en cuanto al mundo, cuya conciencia es hoy un valor justiciero, escandalizar por una parte y crear connivencias con aquellos intereses internacionales, particularmente, los de cierto comercio que no padece de escrúpulos en sus procedimientos de especulación. Así, denuncia el Profesor Shepherd a una clase de grandes comerciantes americanos que son los que mantienen en la prensa de los Estados Unidos una opinión benévola en favor de las dictaduras. Estas clases comerciantes no proceden así por doctrina: a ellas no les importa la manera como esté gobernado el mundo, ni les importa la queja de un pueblo humillado y sufrido. Su única preocupación es la de hacer un buen negocio o prestando el dinero al gobernante o creando actividades al amparo de este mismo gobernante.

En Estados Unidos el enemigo del Profesor Shepherd es el banquero o el industrial americano. Este arrellanado en su silla larga frente a un fumadero de madera o de bronce, leerá el artículo del Profesor Shepherd para distraerse. Tendrá al fin una sonrisa y mientras muerde la punta de un cigarro de Egipto, pensará, para sus adentros: cómo se ve que el Profesor Shepherd no tiene un gran negocio.

El Profesor Shepherd efectivamente no es hombre de negocios de algodón o de pieles. Nos lo imaginamos en la elegante biblioteca de Columbia o en la suya propia, no pensando en un robo, sino en la necesidad de mantener en el mundo el sentimiento de un mejor orden en la vida.

RÓMULO TOVAR

La farsa del panamericanismo

=De El Tiempo. Bogotá.=

EN estos días se clausuró en Río de Janeiro el congreso jurídico panamericano, habiendo realizado una labor que, desde el punto de vista teórico, puede ser todo lo interesante que se quiera, pero seguramente no tiene muchas probabilidades de encontrar una inmediata, ni talvez una remota aplicación en la realidad.

Como todas las iniciativas, o por mejor decir, las exhibiciones de lo que se ha conocido con el nombre de panamericanismo, esta reciente asamblea internacional de juristas laboró bajo un signo sarcástico. Reunir a cinco docenas de sacerdotes del Derecho, iniciados en los principios tradicionales de esa ciencia todavía no hallada integralmente, que es la ciencia de la justicia, y ponerlos a loar las excelencias del respeto a los derechos de individuos y de naciones, todo ello bajo el patrocinio de los Estados Unidos, donde nació y donde se tiene interés en conservar la idea y la comedia de la unión panamericana, es una cosa que encierra un fondo de ironía. Imperialismo que en panamericanismo produce un efecto contradictorio y extravagante, que sería francamente humorístico sino encarnara una burla amarga para los pueblos latinos del Continente.

No es éste un concepto o un punto de vista exclusivamente nuestro. Es el punto de vista de los más respetables y prestigiosos órganos de la prensa en todos los países de Hispanoamérica. En toda la parte latina del Continente, la opinión pública tiene del panamericanismo un concepto de farsa, y aunque los gobiernos continúan aparentando creer en esta falsa palabra, que la línea vehemente y sin duda sincera del señor Rowe no alcanza a vivificar, ni a darle fuerza y contornos de realidad el hipócrita entusiasmo de los discursos diplomáticos en Washington, es lo cierto que a todo lo largo de la América latina la conciencia popular formula en presencia de la literatura y de los ritos panamericanos un inconfundible gesto de incredulidad. Hace un mes escribía *La Prensa* de Buenos Aires estas contundentes palabras:

«La familia internacional americana no puede reunirse en congresos jurídicos ni políticos, frente al imperialismo estadounidense, que se vergue en esa forma amenazadora, jamás vista en las naciones, ni documentada en verbos presidenciales ni monárquicos».

Esa «forma amenazadora jamás vista en las naciones» a que se refie-

re el gran diario argentino hablando del imperialismo norteamericano, halló, en concepto de *La Prensa*, su expresión más nítida en el discurso que Mr. Coolidge pronunció en el aniversario de la United Press, pieza que pasará a la historia como el documento donde mejor, más auténtica y más llanamente ha hablado la política imperialista del Norte. El periódico argentino destaca de ese discurso, o de esa proclama de conquista, el siguiente párrafo, que apunta como la boca de un cañón sobre la soberanía o los restos de soberanía de los pueblos centroamericanos:

«Hacia los gobiernos de las naciones de este lado del canal de Panamá, que hemos reconocido—dijo—sentimos una responsabilidad moral que no existe para con los demás países. Queremos que sientan que nuestro reconocimiento es de valor real para ellos, y que pueden contar con todo el apoyo que legalmente podemos prestarles cuando se hallen envueltas en dificultades. Nos hemos propuesto a desanimar a los revolucionarios dentro de esta zona y propender a la solución de las diferencias políticas por el método pacífico de las elecciones.»

Sobre esta notificación de allanamiento, que ningún jefe de Estado republicano o monarquista, antiguo o moderno, había osado hacer tan tranquila y tan resuelta, dice el mismo diario de Buenos Aire:

«Luego, no es ya Nicaragua una

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: . . . \$ 6.00 oro.

soberanía en el conjunto internacional, ni son soberanías las naciones que desde el Río Grande, límite Sur de Norte América en México, se extienden hasta el canal de Panamá. La familia internacional americana, ha sido entonces desmembrada, y se le amenaza aún con una vida precaria, de minoría de edad. Y a pesar de que el presidente Coolidge se ha referido a un «apoyo legal», no hay ley escrita por ningún pueblo que autorice tal conducta, si excluimos, como es lógico que excluimos, «la ley de la fuerza» que gravita sin necesidad de tener existencia en escritos y protocolos, y que se mueve y aplica a impulsos de la pasión.

El sentimiento popular latinoamericano habla idéntico lenguaje en todos los territorios desde Río Grande hasta el remate del vértice austral. Una misma modulación de la raza y del derecho cubre, sin dividirse en las fronteras, la enorme extensión habitada por los pueblos latinos de la América. El rechazo es unánime en las masas nacionales, aunque no lo traduzcan al vocabulario de cancillería todos los gobiernos a quienes esas masas confían su representación internacional. Por eso, las exhibiciones del panamericanismo no encuentran la más ligera simpatía popular. Congresos jurídicos, conferencias económicas, asambleas políticas panamericanas, se miran con una helada indiferencia que denota toda una hostilidad. El panamericanismo no podría ser sino construido sobre la base de una verdadera igualdad de las naciones americanas, igualdad que es un mito mientras el poderoso Estado que preside los gestos de esa mentirosa organización o movimiento, siga considerando a los pueblos que le quedan al Sur como pueblos inferiores que necesitan de su protección, es decir, de su dominio.

Quien habla de la prensa en su género, Rica. Su larga ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

EL poeta enhebra su «aguja de ensueño» con hilo blanco: blancor de esposa, de hija, de maestra; de plata lunar, en la abuela.

La flor predilecta del poeta: la flor blanca. Piensa en los hijos, la amada, la maestra. Zamora Elizondo es padre bueno, amoroso. Dicta para los hijos cuando estén grandes la exhortación paternal, el consejo de los mayores para chicos que se aman. También ha escrito cuentos para ellos.

El título, *Aguja y Ensueño*, define lo que en este libro juzgo más logrado como producción poética. El poema *La aguja*, que podría iniciar la serie, descifra el título. En el hogar, Zamora Elizondo se halla; su cordialidad es entonces más comunicativa. Sus poemas caseros, digámoslo, nos parecen los más emotivos y por lo mismo, nos han gustado más.

Los señalamos:

Visión de paz. (Es sentida la religiosidad del poeta).

Crepúsculo lírico. (De lo mejor).

Visión de amor.

Ya que tienes el alma... (Muy bien).

Primeras palabras.

Te miro en la marcha.

La aguja.

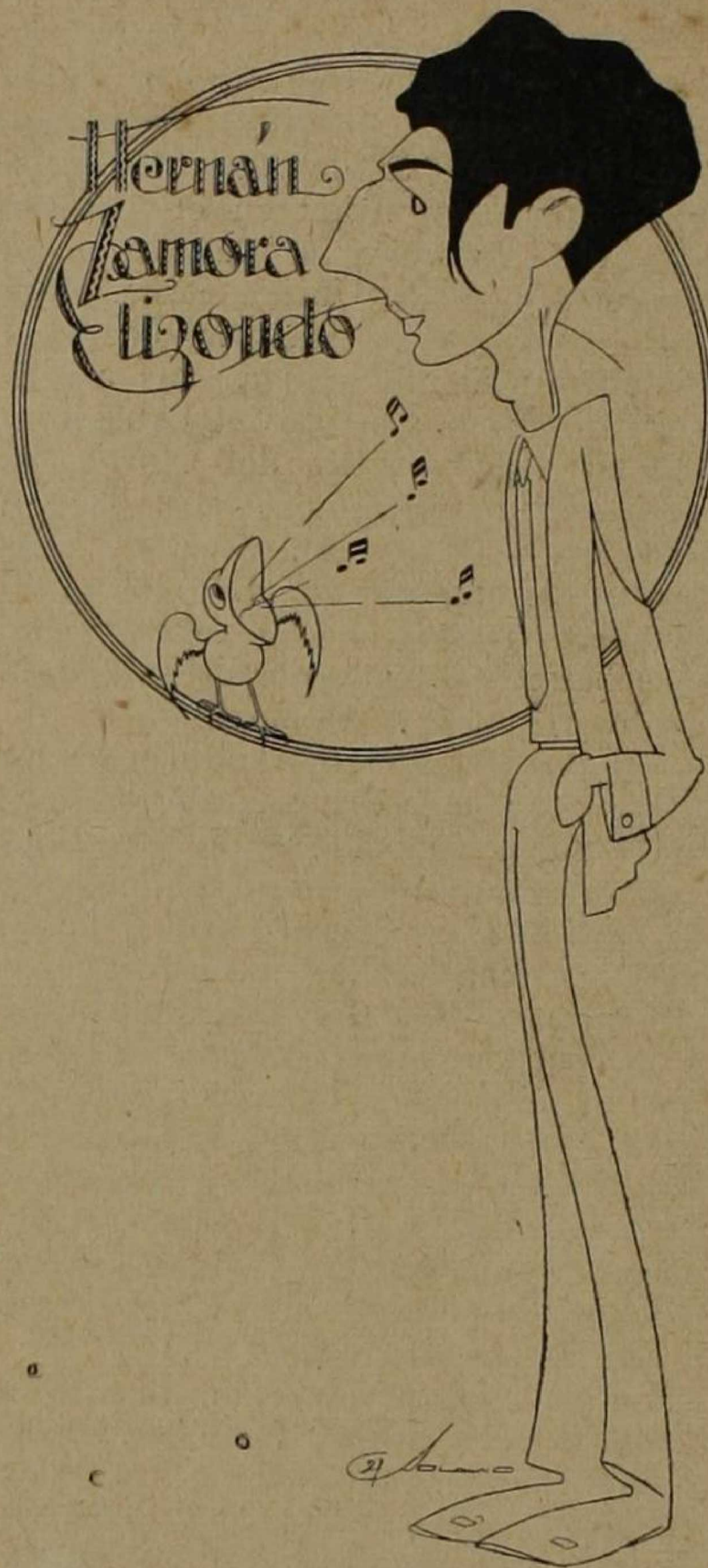
Ocio. (Noblemente inspirada).

Además, nos han parecido bien:

Apóstrofe de nube. (El símbolo. Lástima que carezca de la emoción de nuestro paisaje, ante el que se muestra indiferente el poeta).

Consejo a la moda. (La ironía).

Visto por SOLANO



Renglones preliminares

=Escritos para la obra poética *Aguja y Ensueño* de Hernán Zamora Elizondo. Imp. de María v. de Lines. 1927=

Judas. (Lo querría más sobrio).

La oración por el indio. (También lo querría más sobrio).

Ensueño, por lo que hay en Hernán, y es mucho, de ensimismado en situaciones ilusorias del espíritu; de quijotista, para decirlo en una palabra tan preñada de inspiraciones.

Las demás poesías, ya no me interesan tanto. Y esta declaración me obliga a insinuar lo que desearía ver eliminado de las próximas obras poéticas de Hernán Zamora Elizondo, las que ya están germinando en su alma:

Ni entonación declamatoria. Ni asuntos de encargo, pensados como para concursos. Ni adjetivos superfluos. Ni comas, o puntos y comas, enumerativos. (Elimine de sus estrofas venideras el asmático *cuando* del caso después de un punto y coma). Ni inflaciones de asuntos: ideario medular, ni fácil ni fugaz. La llamada poesía espontánea, natural, sin estudio ni disciplina, no perdura. Un decir que me place: meditaciones poéticas.

Aguja y Ensueño sale a luz en 1927; recoge, en parte, la cosecha de 1916 al año en curso. El próximo libro de Zamora Elizondo será mejor, sin duda: sentido y escrito en el nuevo y dulce estilo de la poesía hispánica de nuestros días. Y ya estoy pensando afectuosamente en algunos de los mejores poetas jóvenes de México y Cuba, Colombia y Argentina, Chile y España...

GARCÍA-MONGE

San José, julio 26 de 1927.

Coolidge en la Habana

EL Presidente Coolidge dará a la América Latina una muestra del amor que los Estados Unidos profesan a las repúblicas de este hemisferio. Irá a presidir la sexta conferencia panamericana que se reunirá en Cuba. Coolidge será aclamado, banquetado y ovacionado. Se pronunciarán muchos discursos en su honor. Y con ello quedará demostrado que no hay tal política imperialista. ¡Qué va a haberla cuando el presidente de la Unión, el mandatario que tiene una mayor suma de poder entre todos los pueblos que se rigen por un sistema constitucional, se ha allanado a presidir un congreso de republiquetas latinas! Será, en verdad, una conmovedora prueba de afecto; pero entretanto, los marinos yanquis continuarán oprimiendo a Haití, desangrando a los nicaragüenses y reduciendo a su mínimum la soberanía de Panamá. La sexta conferencia panamericana será, una vez más, un monstruoso *camouflage* con el cual los Estados Unidos disimularán sus verdaderas intenciones. En esta ocasión el mismo presidente Coolidge

ayudará a que el *camouflage* o engaño, sea mas completo. Su presencia decorativa ha de ser de mucho efecto.

Pero, ¡cuánto mejor fuera que en lugar de ir a Cuba el presidente dictara un sencillo decreto ordenando la evacuación de Nicaragua y de Haití, y ofreciendo a la América que, en lo sucesivo, el gobierno se abstendría de hacer felices a la fuerza a los demás pueblos del continente y renunciaría a una tutela, oprobiosa por más que se la disfrace con todos los perendengues del humanitarismo y la civilización. Permanezca el presidente en la Casa Blanca, y no se reúnan las mil y una conferencias con que todos los años se epata al público, que todo eso no engaña ya a nadie; pero cambie la orientación de la política yanqui, y ya verá el gran pueblo del Norte cómo automáticamente lo que hoy es recelo, desconfianza y aun odio, se trocará en admiración y en sincero cariño.

(El Tiempo, Bogotá)

Señales: Paul Valéry en la Academia Francesa por Guillermo Jiménez

TAL vez M. Paul Valéry, el poeta más grande de la Francia moderna, fué ya recibido bajo la cúpula de los «inmortales», ocupando el sillón que dejó vacante el viejo Anatole France.

La entrada de Valéry a la Academia Francesa tuvo dos fuertes competidores: a Víctor y a León Bérard.

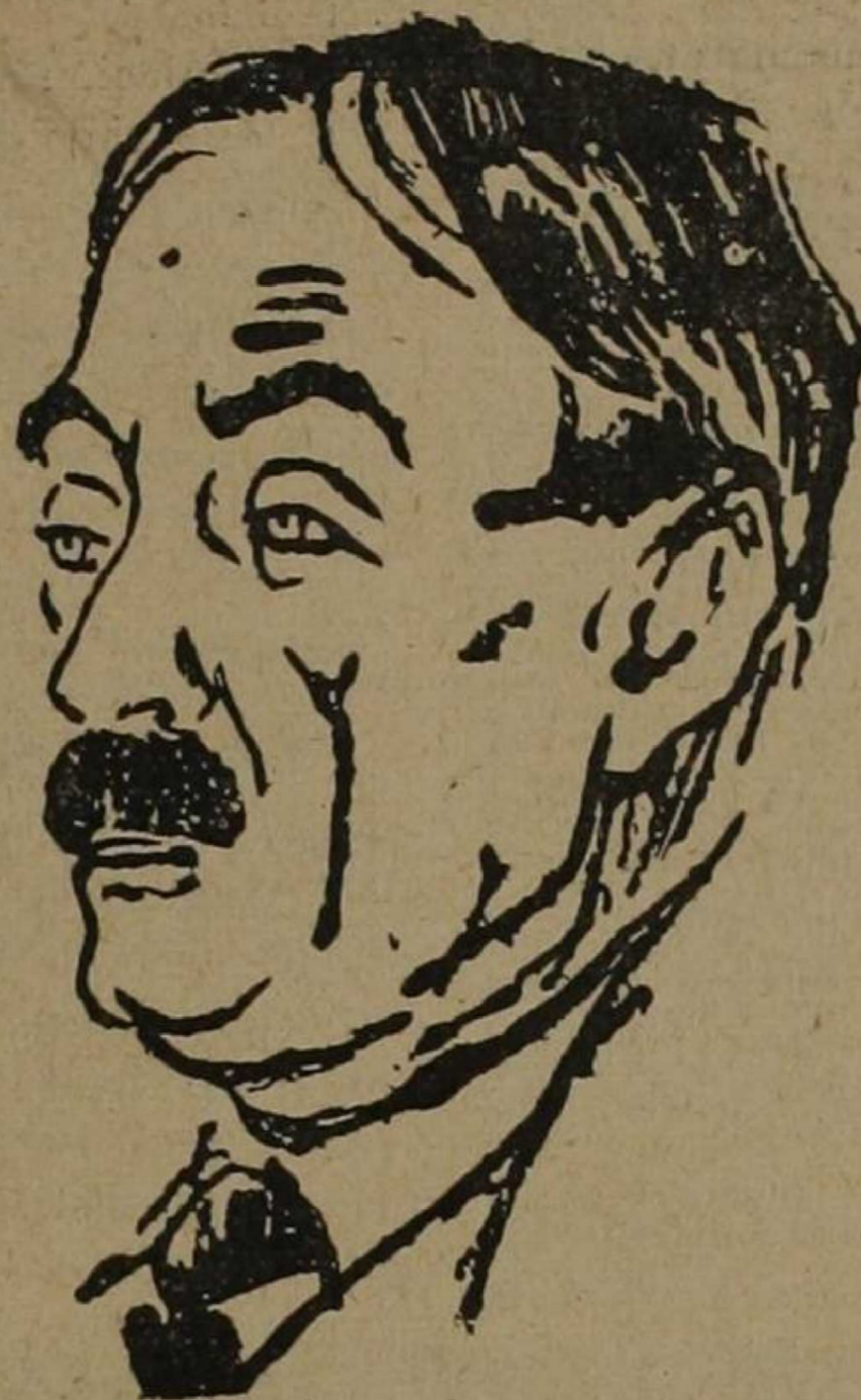
El mismo día fueron elegidos el duque de Force y M. Luis Bertrand: un poeta, un historiador y un novelista.

No cabe duda que el más elevado exponente del pensamiento galo es M. Paul Valéry; en este espíritu exquisito se encuentran reunidas todas las excelencias y todas las disciplinas de la tradición francesa, desde el lejano Pierre de Ronsard hasta Mallarmé, venerable maestro del simbolismo, a quien Valéry superó en mucho por la pureza del decir—de la forma—y por la pureza ideológica—la pureza del pensamiento—Mallarmé consideraba la poesía como una cifra, única, absoluta; Valéry más matemático, más filósofo, llegó a la depuración, a la frialdad impecable, serena, de un método más científico y más puro: *poesía pura*. (Véase *La Poésie Pure*. Eclaircissements, por Henri Bremond, de la Academia Francesa, en *Les Nouvelles Littéraires*, 1925).

Filósofo, matemático, intelectual perfecto, cazador de formas metafísicas para esculpir las cosas materiales, rebuscador de lo abstracto; sus poemas son explicaciones de doctrinas, ilustraciones condensadas hechas con asombrosa habilidad retórica, como consecuencia de su amor por las maneras antiguas. Renunciador de los amaneramientos, de las palabras inútiles, de las cacofonías, cualidades heredadas de el esotérico Mallarmé.

Eso es Paul Valéry, y más todavía: poeta difícil a tal extremo, que jamás puede uno jactarse de haberlo comprendido. (André Thérive dice que, la falta de claridad de *La jeune Parque*, que casi no puede leerse, ha llegado a proverbio).

Paciente como un fraile, ha dejado pasar los años para llegar al perfeccionamiento, para ser el maestro de su poesía voluntaria y consciente, que no existe más que en él. Valéry ha logrado engargolar las viejas teorías con las inquietudes palpitantes, sabiendo valorar los términos precisos de la in-



teligencia con las ductilidades, con las sutilezas, con las delicadezas del estilo.

Algunos ven en la poesía de Valéry a Lucrecio.

Otros buscan parentesco en su lírica con la de La Fontaine y en la forma con la de el pontífice de los simbolistas.

De La Fontaine encuentran la gracia voluptuosa, ardiente y a la vez casta y, del otro, el trabajo de la inteligencia, el hermetismo de las imágenes y la oscuridad de la expresión, pero realmente no existe similitud entre la oscuridad de Stéphane Mallarmé y la de Paul Valéry. Mallarmé es misterioso de intento y solamente en la forma es oscuro, decía cosas muy sencillas que él complicaba extraordinariamente al escribirlas; pero Paul Valéry ha saltado, y de toda esa química sólo ha quedado Paul Valéry, o lo que es lo mismo: orden, suprema elegancia, pensamiento ágil, sensualidad refinada, disciplina, perenne afán ascendente y arquitectura secreta.

Quels secrets dans son coeur brûle ma jeune amie,
Amé par le doux masque aspirant une fleur?
De quels vains aliments sa naïve chaleur
Fait ce rayonnement d'une femme endormie?

Paul Valéry es la expresión más pura del genio francés, es la sonrisa intelectual de Francia.

La otra sonrisa, la de Jérôme Coignard se apagó, lenta-

El arte de Paul Valéry es preciso. El sabe guardar en una rima más de lo que otros poetas en una poesía entera. Ama las metáforas y el símbolo como la única forma de expresar pensamientos abstractos; adora las vagas especulaciones, buscando y resolviendo ecuaciones poéticas; llenando cual Leonardo de Vinci, grandes cuadernos de apuntaciones, de dibujos, de fórmulas para la arquitectura de una teoría metafísica.

Sus héroes tienen mucho de Sócrates y de Platón: *Eupalinos ou l'Architecte*.

De ahí que Paul Valéry, todo lo tiene previsto antes de comenzar a escribir, por eso, tal vez, es tan gélido, tan algebraico, por eso su pensamiento tiende hacia una vida independiente de la forma. El ha conseguido por ese sistema, decir las más altas y puras ideas en la forma más bella y sensual, a la vez que intelectual; hay que citar la *Dormeuse* como referencia de la más bella música de palabras:

mente se fué marchitando, como una rosa desmayada sobre un vaso transparente, pero vino a sustituirla la gracia ingrátida, intelectual, pura y rítmica del autor de *Charmes*.

Cristallisations verbales, transparences.
Où s'irise le jeu fuyant des apparences...

El mundo intelectual espera con ansia loca el elogio que hará el más intelectual de los poetas de Francia, el autor admirable de *Introduction à la méthode de Léonard de Vinci* del viejo Anatole France.

GUILLERMO JIMÉNEZ

Bibliografía.—Valéry Paul, nació en 1872. *La Soirée avec M. Teste* (1896), *Introduction à la méthode de Léonard de Vinci* (1920), *Eupalinos et l'Amé et la Danse* (1923), *Poésies* (1923), «Nouvelle Revue française», Paris.

Palique

Lo que Paul Valéry—el clarísimo y difícil poeta, huésped de Madrid en estos últimos días—aprendió, en primer término, de su amigo y maestro Stéphane Mallarmé; lo que ha definido para aquél, durante treinta años impávidos, la propia norma; lo que le ha mantenido sin mancha, en medio de las peores tempestades estéticas del «Fin de Siglo» y de la «Reciada» cifra-se en la lección siguiente: *Un poema es, en cualquier caso, una especulación*.

Plástica o musical; concreción o quintaesencia; común o rara; paladina o abstrusa, la materia de un poema no puede jamás presentarse, en la mente del creador de vocación segura, como una solución ya encontrada, sino como un tema, problema o cuestión, que hay que resolver—con numerosas incógnitas por «despejar»—...Y para esto debe seguirse una disciplina intelectual rigurosa. Cabrán probablemente métodos muy distintos. Pero la ausencia de método significará impotencia y nada alcanzará.

En la historia de las ideas estéticas en España, el crítico futuro señalará probablemente el momento que, según la terminología grata a Juan Maragall, podría llamarse «de la palabra viva». *Palabra viva* quería decir, en este caso, *palabra cruda*. Palabra captada en la fuente de la emoción y ahí bebida a chorro... En esta manera de beber embriagáronse los jóvenes poetas algún día. Después hemos ido diciéndoles que se fijaran. Que si su deseo era lo primitivo y virginal, el chorro de la fuente no podía contentarles tampoco, porque el chorro de la fuente no es virginal ni primitivo. Tiene también, tiene

ya, una forma impuesta, la del caño o el cauce. Entonces, mal por mal, no pudiendo beber el agua tal como sale de las manos del Señor, vale más beberla en una copa bien trabajada.

Bien trabajado puede significar transparente. El genio es una transparencia.

Un día Paul Valéry, en navegación por el Océano, bajo la luz de olvidado cielo, vierte en las ondas, «como una ofrenda a la Nada»,

Tout un peu de vin précieux

Ningún sacrificio se pierde cuando el ademán ritual ha sido perfecto. El poeta, que ha podido embriagar a las ondas, no malgasta su vino. Frente a él—imaginamos que ante la proa del navío, cuyo mugir, por lo igual y continuado en tantos días de navegación, ya rinde calidad de silencio, frente a él surgen y aparecen, en el donaire amargo.

les figures les plus profondes...

Poetas: tomad ejemplo. Cumplid siempre con esta hazaña esencial. El licor de la emoción está en vuestra mano, y con él podíais procuraros una bacanal recogida. ¿Os aparecerían en ella símbolos y figuras? Tal vez; pero estos símbolos y figuras nada valen. Vosotros, en realidad, no lograríais verlos, porque ellos os arrebatara en su ronda y puertos a bacanales; hay que bailarlas... No así cuando os procuréis las visiones por la tercería del mar. ¡Verted, verted el licor, haced delirar a las olas, poetas! Podréis ser entonces espectadores lúcidos y recoger como artistas, sabios y magos, las fantasmagorías en que el maravilloso espectáculo se desarrollará, las revelaciones en que venga a ordenarse su juego.

También nuestro Antonio Machado, poeta y sacerdote, ha llevado sobre su pecho, sin volver la cabeza ni temblar, en medio de los más licenciosos tumultos callejeros, el Sagrario de la inteligencia... También ha privado de su vino precioso a la boca golosa, para echarlo, si no precisamente al mar, a la tierra, allí donde la tierra—tierra española—estaba agrietada y soltando un resuello de sed.

Figuras de profundo sentido surgen aquí también: el aire. A veces, ennoblecidas de mito

y de antigüedad, con un bien dibujado contorno. Así, un día, en campos de Córdoba la llana, Demetier, la diosa,

Sólo divina en el mirar sereno, ocultando su forma gigantea, de joven talle y de redondo seno...

y la venerable esposa de Keleos y Demofon, niño, con carne teñida de rosa y ancho torso y brazo fuerte.

Otras veces las imágenes sólo pasan ante el poeta en un fugaz aleteo. Si son mariposas, su mano las detiene un momento y las deja escapar. Pero esto basta para que se sacudan maravillosamente en el sutil y negligente cazador y en quien quiera sigue con simpatía su juego, aquellos *sentires de la razón en que el corazón no palpita*, con que le *devolveríamos la pelota* a Pascal.

Hasta cuando Antonio Machado nos da unas *Nuevas canciones*, hemos de leer en el título: *Nuevas meditaciones*. O si queréis, acordándonos de Mallarmé y de Valéry, *Nuevas especulaciones*.

Nuevas especulaciones de Antonio Machado:

¿Ya sientes la savia nueva?
Cuida, arbolillo,
que nadie lo sepa.

Cuida de que no se entere
la cuecaña seca
de tus hojas verdes.

Junto a la sierra florida
bulle el ancho mar.
El panal de mis abejas
tiene granitos de sal.

Entre el vivir y el soñar
hay una tercera cosa.
¡Adivinala!

Especulaciones. Juegos divinos. Caprichos deliciosos.

¿Quién dijo que el capricho siempre inspira desdén?

Nuestra mirada sigue a estos caprichos con la inconsciente envidia que acompaña inevitablemente a cuanto vuela.

EUGENIO D'ORS

(*Nuevo Mundo*, Madrid).

La poesía pura

PAUL Valéry ha ingresado en la Academia Francesa. La vacante que en ella ocupa es la que dejó Anatole France hace un par de años, cuando, cumplidos los ochenta, falleció serenamente en su quinta de la Bécherie.

Fué Anatole France quizás el escritor más admirado de la generación pasada. Es probablemente Paul Valéry el escritor más estimado por la nueva generación. Lo que la Academia ha consagrado con sus votos es el paso de una generación a otra.

Publica Frédéric Lefevre, en *Les Nouvelles Littéraires*, una reciente charla con Clemenceau, el anciano político radical, quien de las alturas de sus admira-

bles ochenta y seis años acaba de publicar una obra filosófica en dos gruesos volúmenes. Ha hablado Clemenceau de los libros que con más gusto relee, libros clásicos.

—¿Y entre los contemporáneos? ¿Anatole France?

—Naturalmente...—contesta el antiguo Presidente del Consejo.

—¿Y Valéry?—le interroga más tarde su interlocutor.

—¿Valéry? ¿Valéry?... No lo conozco.

Esas respuestas del vigoroso octogenario son características. Una generación ha pasado. Cada generación es un estilo. Y entre dos generaciones sucesivas suele existir una incompreensión irremediable. Clemenceau está maravillosamente joven. No hace mucho viajó por la India, el Sudán y el Egipto. Piensa en el porvenir como un mozo. Lo única que le está negado es la percepción del ritmo vital, del estilo y el espíritu que caracterizan a la generación nueva. Mejor dicho, a la generación siguiente. Porque Valéry, con sus buenos cincuenta años, podría ser su hijo; pero no su nieto.

—¿Valéry? ¡No lo conozco!...—dice el contemporáneo, amigo y camarada de Anatole France. Una generación no conoce a la otra.

Paul-Ambroise Valéry es la poesía pura. La poesía pura es cosa análoga a la matemática pura. Hay, antes o después, la matemática aplicada, que sirve para construir un puente, levantar la torre Eiffel o tender sobre el globo una red de comunicaciones. También hay una poesía aplicada, que difunde grandes ideas o despierta sentimientos morales. Mas, para Valéry, lo esencial en la poesía es la poesía misma, una emoción, un encanto que, por encima—o por debajo—de los conceptos racionales o de las descripciones sensibles, revela directamente la intimidad inefable de nuestra alma. El estilo de Valéry es claro y difícil, duro y transparente, geométrico y luminoso, como un diamante.

Pensad ahora, que nos hallamos lejos del tumulto, en la soledad del campo, contemplando las estrellas en una de estas serenas noches del verano.

La voz de los mayores

De Sarmiento en el memorable Discurso de la Bandera, al inaugurarse la estatua ecuestre a Belgrano, 14 de setiembre de 1873:

Y sea dicho en honor y gloria de esta Bandera. Muchas Repúblicas la conocen como salvadora, como auxiliar, como guía en la difícil tarea de emanciparse. Algunas se fecundaron a su sombra; otras brotaron de los jirones en que la lid la desgarró. Ningún territorio fué, sin embargo, añadido a su dominio; ningún pueblo quedó absorbido en sus anchos pliegues; ninguna retribución exigida por los grandes sacrificios que nos impuso.

...Las naciones, hijas de la guerra, levantaron por insignias, para anunciarse a los otros pueblos, lobos y águilas carniceras, leones, grifos y leopardos. Pero en las de nuestro escudo, ni hipógrifos fabulosos, ni unicornios, ni aves de dos cabezas, ni leones alados pretenden amedrentar al extranjero. El Sol de la civilización que alboreaba para fecundar la vida nueva; la libertad con el gorro frigio sostenido por manos fraternales, como objeto y fin de nuestra vida; una oliva para los hombres de buena voluntad, un laurel para las nobles virtudes: he aquí cuanto ofrecieron nuestros padres y lo que hemos venido cumpliendo nosotros, como República y harán extensivo a todas estas regiones, como Nación, nuestros hijos.

(Obras. Tomo XXI).

Pitágoras, como recuerda el propio Paul Valéry, creía escuchar en la quietud de la noche unos dulces y hondos sonidos, modulaciones lejanas, cristalinamente temblores. Es la música de las estrellas, la vibración de los cuerpos celestes. Cada uno de los astros, al moverse con la exacta velocidad que le es propia, produce su propio son, que se combina en el espacio con los sonos de los astros restantes. El conjunto es un suave acorde, reflejo del orden perfecto del Univeso. El hombre atolondrado no lo oye; pero los espíritus sensibles perciben, en el silencio nocturno, esa armonía de los mundos, esa callada música del Cosmos, embeleso de los dioses...

Tal vez eso es matemática pura y pura poesía.

Repaso ahora, con ocasión de esa entrada en la Academia, un libro en prosa de Paul Valéry. De pronto, una frase concisa, nítida, sugeridora, me llama la atención...

«¿Se ha hecho acaso el descubrimiento de que la luz puede envejecer?»

No. La luz no envejece. Tampoco la luz del alma, la llama sublime que encendió el genio; la obra del pensamiento y del arte no decaen ni caducan con los años. No envejece una página verdaderamente inspirada. Si no lo comprende una generación, otras generaciones venideras volverán a descubrir su resplandor, eternamente juvenil.

El fenómeno de la incompreensión entre dos sucesivas generaciones humanas es un fenómeno plenamente normal; pero

necesariamente pasajero. Un día, la manera de Paul Valéry envejecerá, como la manera de France, y otro día, Anatole France volverá a gustar a los jóvenes, como hoy gusta Valéry. Encanecen y se remozan las maneras; pero la luz que en ellas irradia, la luz, esa no puede envejecer.

Cada generación, no obstante, ha de variar. Es su deber primero. ¿Para qué, si no, vendría al mundo? No se satisface el hombre con las cosas buenas, descubiertas de una vez para siempre. Los animales, observa el propio Valéry, «buscan ciegamente su bien; pero no sienten el aguijón de ese «mejor» que es el enemigo del bien y que nos empuja a afrontar lo peor». Ese anhelo de lo mejor, ansia de perpetuo avance y de perfección infinita, es la gloria

y el tormento de la Humanidad. Faltos de ese aguijón, los animales no progresan.

Nunca quizás como en nuestra época ha sido tan rápido el cambio de maneras y estilos en la corriente de las generaciones. Sobre todo, después de la guerra europea, el mundo espiritual está en crisis, más en crisis que el mismo mundo económico. ¿Qué saldrá de ahí?... Aun las mentes más excelsas vacilan. «La oscilación del navío ha sido tan fuerte—dice Paul Valéry—, que hasta las lámparas mejor suspendidas acabaron, al fin, por volcarse...» Mas afirmemos nuestra confianza. Sucédense las generaciones, varían los gustos literarios, renuévanse las lámparas; la luz no envejece...

LUIS DE ZULUETA
(La Libertad, Madrid.)



En elogio de María Teresa Montoya

=De Nuestro Diario, Guatemala=

¡Anáhuac! tierra santa
donde su airón de plumas
Guatimozín levanta
de espaldas a Castilla;
tierra de maravilla
donde los fantasmales Motezumas
—en bronce modelados y en arcilla—
se alzan e imponen sus perfiles graves
de la epopeya sobre el magno acervo.

Méjico patriarcal de Amado Nervo
(Hamlet sutil de las estrofas suaves
y el verso astral y dulce y sosegado...);
tierra del Ixtlasíhuatl nevado,
donde Hernando Cortés quemó sus naves
y, apurando, después, de la amargura
el cáliz tremendo,
llanto expiatorio se le vió vertiendo
bajo del Arbol de la Noche Triste

que de los siglos a través perdura;
tierra a cuyos señuelos no resiste
del hombre apasionado y del poeta
el corazón sediento de hermosura.

Del héroe ancestral y del asceta;
de Juárez y Madero,
Gutiérrez Nájera y Jesús Urueta
patria a la que proclama el orbe entero
del solar indo-hispano
el avanzada secular y fuerte,
que el invasor restituyó al oceano,
si prefirió, plegada la bandera,
vida sin gloria a denodada muerte.

Méjico legendario
de Leona Vicario;
de Diego de Rivera
(prodigioso y audaz como el de Goya)

tierra de paradojas, inquietante;
de tus glorias eximias placentera,
a la cohorte múltiple y triunfante
sumar debes un nombre: el de Montoya.
Una genial mujer con él enjaya
de tus sienes augustas la diadema;
una mujer que es llama y que no quema,
pero alumbra en el templo de Thalia
con óleo puro de emoción: ¡María
Teresa! la mejor de tus mujeres
(dulce como Pomona y como Ceres)
después de Juana Inés, Méjico bello!
¡Montoya! ¡la Montoya!
grande en la escena y dulce en la tramoya...
Símbolo hermoso de tu espíritu, alma
trémula y casta, sello
blanco y sutil de tus excelsitudes,
mascota ideal, y talismán y palma,
¡vértice de virtudes!

Y, pues, Señora, estás de mí delante,
—espléndida y triunfal en tu belleza—
déjame que te cante
con la unción conmovida del que reza.
Y que tu aparición en el proscenio
hoy más que nunca séame propicia:
es el tinglado altar, si acaso el genio
—sacerdote del arte—es quien oficia;
y tú eres la deidad del noble culto
que nos sublima el alma y acaricia.

Haga mofa el estulto,
ría el necio, Señora, o vocifere
porque salude tu blasón la lira,
mas deja que te alabe quien te admira
y deja que te admire quien te quiere.
Que el gajo de mi lírica alabanza
caiga a tus blancos pies, como avecilla
cuyo blando plumón y sin mancilla
mi devoción te diga y mi esperanza.

Esperanza... ¿y de qué?—dirás, Señora;
pero es que olvida tu inquietud de artista,
pero es que olvida que llegó la hora,
del triunfo no, porque eres ya creadora,
mas sí de la conquista.
Ya por la gloria te besé la mano:
el triunfo es tuyo—¡trágica sublime!—
la gloria, también tuya; pero dime:
¿y la conquista del solar hispano?
¿No aguarda España, allende el océano,
esa restitución que se le debe?
Pues al forjarte Méjico cual una
indo-hispánica Hebe,
y al domar, veleidosa, a la Fortuna
para poner tus plantas en su rueda,
fué sólo por que un día
de América en el nombre, tuya y mía,
reconquistes la patria de Espronceda.
Eso es lo que te queda
por hacer todavía
¡Oh, Teresa. Oh dolor!, Señora mía...

Pero hay algo más bello
y noble que todo ello:
lo que quiero cantar más bellamente:
eres tú misma, la mujer, la pura,
la mística criatura
que la morada habita esplendorosa
de tu cuerpo de diosa.

Tú me tendiste el puente
—castellana gentil—de tu castillo,
y yo entré reverente,
maravillado, a tu interior, en donde,
bajo el ropón sencillo,
dulce lucero espiritual se esconde...

Y ví las huellas de Jesús—¡divinas!—
de sus divinos pies ensangrentados,
y de su sangre coágulos, y espinas,
de tu alma por los predios perfumados.
Y toda tú—¡mujer!—no en narcisismo,
sino en contemplación de eternidad
y en amable quietud de misticismo
bañabas tu beldad.

Desde entonces creí más en el arte;
pues quien se asoma a tu interior aprende
que es Dios quien baja a darte
la inspiración y el ímpetu, por ende,
y que es Dios quien enciende
con soplo vago el genio que te asiste.
¡Ya ves! en una hora
confidencial, Señora,
cuánta bella verdad me descubriste!

Envío:

Cual la doctora de Avila te llamas,
—¡Teresa!—y como ella,
de Cristo Redentor sobre la huella,
tu espíritu arde en retorcidas llamas.
Como Teresa de Jesús te inspiras
y te angustias, de amor bajo el tormento;
¡qué mucho que las liras,
pero más que las liras, los laúdes,
endulcen el acento
para loar tus dos excelsitudes:
la del arte de Tirso de Molina,
de Pedro Calderón y Benavente,
Darío, Nicodemi y Pirandello;
la de *La Sombra*, en que rugir se siente
la tempestad del alma femenina;
y la otra... ¡la divina!
¡esa que sólo pertenece al cielo!

Me despido de ti, Señora mía,
pues como el ave que apercibe el ala
para tender el vuelo,
en breve partirás... mas todavía
dulce reproche de mi ser se exhala
—bella y pura y genial al contemplarte—:
si eres estrella en que culmina el arte,
¡ay! ¡por qué no naciste en Guatemala!

ALBERTO VELÁZQUEZ

Guatemala, 15 Julio de 1927.

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

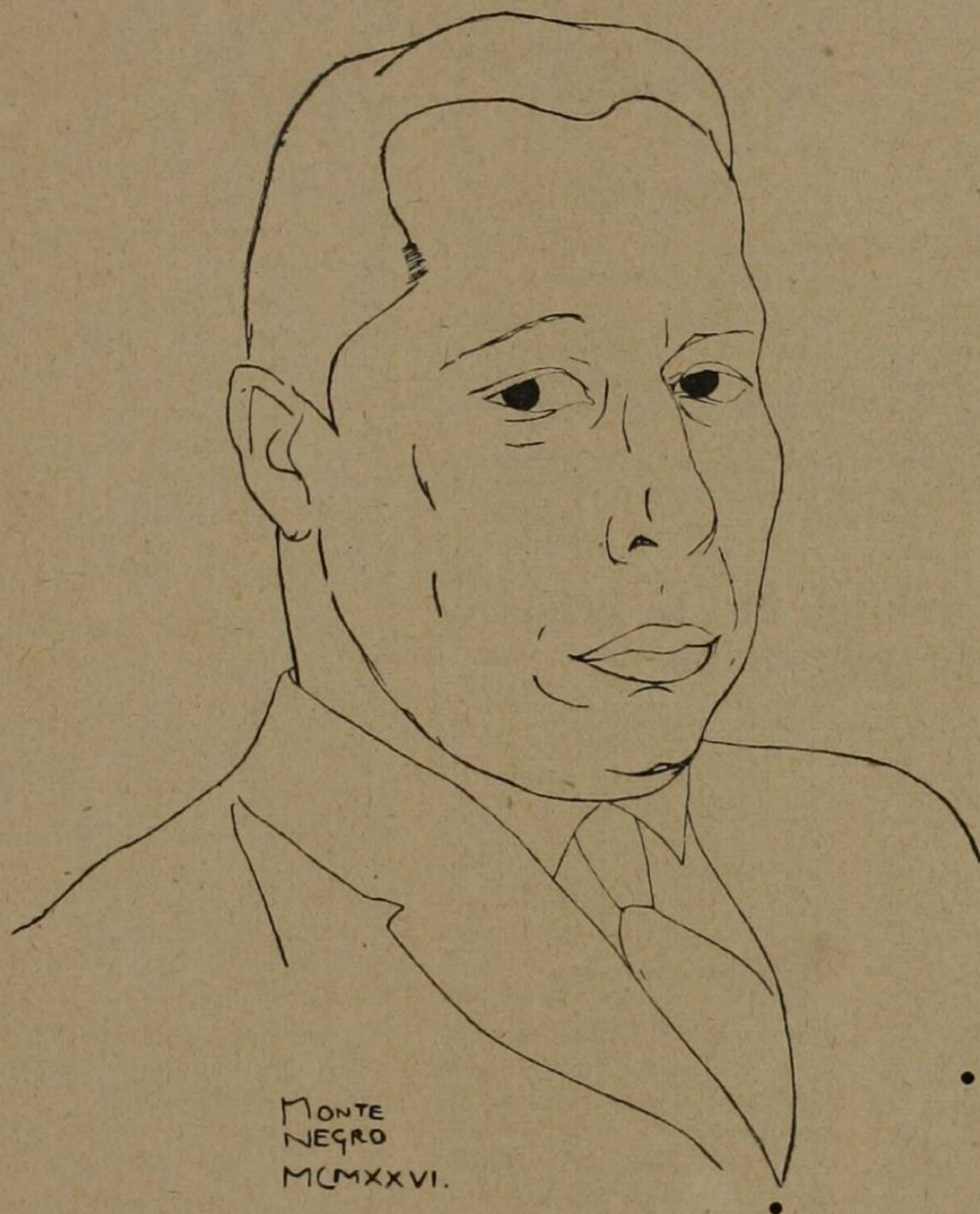
Arturo Capdevila: <i>América</i>	¢ 4.00
José Carlos Mariátegui: <i>La escena contemporánea</i>	3.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	2.00
José Vasconcelos: <i>Indología</i>	5.00
R. A. Arrieta: <i>Ariel corpóreo</i>	4.00

Un estante de libros escogidos

Vasconcelos, Unamuno, etc.: <i>París-América</i> , N.º 1	3.00
A. Messer: <i>De Kant a Heggel</i>	4.50
Varios: <i>La Escuela de «Las Rocas»</i> , Cuadernos Literarios. Ediciones de Díez Canedo. Los 16 tomitos publicados	2.25 16 25

<i>Poema del Cid</i> . Texto y traducción.	2.00
Darwin: <i>El origen de las especies</i> , 3 vols.	5.00
Sarmiento: <i>Vida de Dominguito</i>	3.50
Apuleyo: <i>La metamorfosis o El asno de Oro</i>	2.00
M. Fernández de Soto: <i>Ideología política</i>	2.25

Guillermo Jiménez



CIUDAD DE MÉXICO, junio.—Próximamente el escritor mexicano Guillermo Jiménez, hará un viaje por las principales capitales de Centro y Sur América. Guillermo Jiménez, que es bastante conocido en los círculos intelectuales, se propone dar una serie de conferencias para mostrar la espiritualidad de su país. Los temas de las pláticas del exquisito prosista serán:

La poesía mexicana del momento

La novela en México

El arte en México.

De la *Bibliografía de novelistas mexicanos* editada por la Secretaría de Relaciones Exteriores de México:

Guillermo Jiménez.—Es originario de Ciudad Guzmán, Jalisco, México. Nació el 9 de marzo de 1891. Cursó las primeras letras en colegios particulares; siendo niño se trasladó a Guadalajara en unión de su madre, donde ingresó al Instituto de los Padres. Jesuitas. Desde muy joven comenzó a publicar artículos literarios en los principales periódicos y revistas de México. Durante algún tiempo desempeñó el cargo de Jefe de Correos en México, y a principios de 1921 marchó a España, agregado a la Legación de México en Madrid. En 1923 regresó a México y ocupó un puesto en el Departamento de Bellas Artes de la Secretaría de Educación Pública, en tiempo que fué Ministro el Lic. José Vasconcelos. En 1924 volvió a Europa radicándose en París. Ultimamente estaba en el Departamento de Publicidad de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Obras de Guillermo Jiménez: *Almas Inquietas*. Cuentos. París 1916. Librería de Bouret.—*Del Pasado*. Cuentos. Librería de Botas. México, 1917.—Prólogo de Enrique González Martínez. Portada de Jorge Enciso.—*La de los Ojos Oblicos*. Emocionario. Librería Española. México, 1919.—*La Canción de la Lluvia*. Cuentos. Librería Española. México, 1920.—*Constanza*. Editorial Caro Raggio. Madrid, 1921.—*La Ventana Abierta*. Prólogo de Enrique Gómez Carrillo. París, 1922.

Antologías: *Amado Nerro y la Crítica Literaria*. Librería de Botas. México, 1920.—*Ramón del Valle Inclán*. Cuentos. Estética y Poemas. Editorial Cultura, México 1921.—*Los Poetas Jóvenes de México*. Librería Franco-Ibero-Americana. París, 1923.

Señales. Lecturas: *Margarita de la Noche*. Novela. En preparación.

Consúltese: *Los mejores cuentos mexicanos* de Bernardo Ortiz de Montellano. Editorial Calleja. Madrid. *Algunos novelistas mexicanos* por Francisco Monterde. México, 1926

(Agencia Trens)

Gestiones en favor de los escritores antillanos que están presos en la Habana

—De *Exelsior*, México, D. F.—

Por conducto de *Repertorio Americano*, de San José de Costa Rica, revista de alta confraternidad hispanoamericana, que dirige noblemente, acertadamente, Joaquín García Monge, el escritor mexicano Guillermo Jiménez se ha dirigido a la intelectualidad del Continente Americano, diciendo que, ahora es tiempo de que los escritores, pintores, escultores, poetas, etc. de América muestren su solidaridad pidiendo al Gobierno de Cuba la libertad de los escritores Emilio Roig de Leuchsenring, Director literario de *Social*; de José Antonio Fernández de Castro, del *Diario de la Marina*; de Alejo Carpentier, Jefe de Redacción de *Carteles*, y de otros intelectuales cubanos que componen el «Grupo Minorista», que es una de las agrupaciones de mayores fuerzas espirituales de la Isla; escritores detenidos por considerarlos comprometidos en un complot y por su bella y patriótica ideología revolucionaria.

Ahora es tiempo que se haga efectivo—escribe Guillermo Jiménez—el anhelo olvidado de la «Liga de Escritores de América» pidiendo en nombre de los fueros del pensamiento y de la cultura se saque de la prisión a los intelectuales de la República hermana, que ellos representan la única flor de espiritualidad que florece actualmente en la tierra de Martí y de Augusto de Armas.

Ya algunos de los escritores mexicanos, encabezados por ese pensador admirable que se llama Luis Araquistain, pusieron un cable al Presidente Machado, solicitando la libertad de los intelectuales antillanos, y por informaciones que hemos obtenido, se sabe que el señor Presidente de Cuba dio una categórica respuesta por medio de su Secretario Particular, en la que hace notar que ha tomado debida nota de los conceptos del cablegrama que se le ha dirigido pidiendo la libertad de los escritores Roig de Leuchsenring, Fernández de Castro y Alejo Carpentier; pero que siendo los tribunales comunes de la República vecina los que tienen en sus manos la acusación a dichos intelectuales, no podrá el Ejecutivo, acatando la independencia de los poderes, intervenir en este asunto que es de la exclusiva competencia de los jueces.

Sin embargo, las gestiones de los escritores mexicanos no se detendrán, pues se espera de un momento a otro la respuesta del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, general don José Alemán, y además, insisten en acercarse al señor Embajador cubano, que acaba de llegar a esta metrópoli doctor don Guillermo Fernández Mascaró, quien se pondrá de ese modo al tanto de la opinión que aquí ha suscitado el encarcelamiento de los compañeros cubanos.

NUESTRO país y con él las Naciones nuevas hijas de España ofrecen la particularidad de que en ellas la organización del Estado moderno no fué precedida por la existencia de una *élite*, que fuese a su vez producto de una cultura preexistente. Las antiguas colonias de España, podadas, en cuanto a cultura y refinamiento se refiere, por la paja aventada desde la metrópoli, se vieron abligadas a instituir un experimento social nuevo en la historia: el de «crear» una cultura, en base a una *élite* artificial (llamándola así en contraposición con esa *élite* natural que nace de la armonía entre ciertas necesidades sociales y el genio individual capaz de satisfacerlas).

Apresurémonos a declarar que debemos a esa intervención del Estado lo que somos. Hizo posible el nacimiento de la nacionalidad de entre el caos dejado por la revolución y la guerra civil; ha secularizado la educación; ha cerrado el período militar e inaugurado la era civil en el gobierno del país; ha formado un cuerpo de legisladores, publicistas y hombres de letras que han actuado como *leaders*, como verdaderos formadores de nuestras instituciones; ha dado a la educación una sanción brillante y ha incorporado el país al movimiento científico universal.

Pero al mismo tiempo de realizar estas altas e ineludibles tareas, la intervención del Estado en la cultura ha tenido consecuencias graves, que hacen crisis una vez que aquellos importantes fines han sido logrados.

Al organizar y «crear» una cultura, el Estado introdujo ciertos elementos perturbadores que iban a romper el equilibrio que existe entre la oferta y la demanda de la labor humana, cuando ésta se realiza dentro de la libre concurrencia; equilibrio que asegura el triunfo a los más aptos, abre la oportunidad a toda vocación genuina y establece la armonía entre el interés social y el interés individual.

Analícemos esos elementos perturbadores: En el intenso proceso formativo que realiza el Estado, la cultura debió nacer adherida a un privile-



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios=.

Diciembre 20 1926.

Sr. Director del

REPERTORIO AMERICANO

San José de Costa Rica.

Muy señor mío

Invocando la comunidad de problemas y coincidencia de ideales a través de nuestra América, me permito remitirle ese artículo, aparecido en La Nación de aquí, libertad que me tomo halagado por la idea de que ese importante órgano difusión de ideas acoja también las mías, si ellas encuadran en la posición doctrinaria que haya adoptado.

Agradecido por la pérdida de tiempo infligido a sus ocupaciones, aprovecha esta oportunidad para ponerse a sus órdenes y suscribirse su muy atto. y S.

ERNESTO NELSON

Un factor oculto en la crisis de la educación

gio—condición sine qua non de su formación—y el privilegio consistió en substraer las actividades profesionales a la libre concurrencia. El factor decisivo de este privilegio fue el título o sea el documento por el cual el Estado asume la plena responsabilidad por la idoneidad del titulado, y le substraer a los azares del mercado libre. Comienza dicho privilegio organizando un mercado cerrado al que sólo puede entrarse por un camino largo y azaroso, lo que hace que la oferta de profesionales sea menor de lo que sería si la profesión fuera libre; cosa que de golpe coloca, por tanto, al profesional en condición económica privilegiada, con respecto a los que desempeñan las demás labores libres. En segundo lugar, el proteccionismo profesional conferido por el diploma se extiende hasta defender al diplomado de la concurrencia dentro de su propio gremio; pues las inevitables diferencias de aptitud entre sus componentes no conducen a la selección de los inaptos, ya que es admisible que existan inaptos entre los graduados por el Estado. Todos son teóricamente idóneos, todos pueden aspirar por igual a las prebendas cuyo goce exige la presentación de un diploma. En tercer lugar, el diploma extiende su beneficio hasta defender al diplomado contra su propia incuria: el diploma es *ad vitam* y no pierde su fuerza aunque el portador llegue a ser una ruina intelectual y moral. No

se necesita más para explicar la enorme atracción que la Universidad ejerce sobre la juventud ni por qué el diploma, precioso salvoconducto, vale en realidad más para la mayoría de los profesionales, que los conocimientos impartidos desde la cátedra.

Pero al rodear de privilegios a ciertas formas de cultura, el Estado desnaturaliza el sentido de esta última. La desplaza de su centro natural, que es el individuo, y substituye los valores intrínsecos de la cultura por los valores convencionales que nacen de su ejercicio profesional. La Universidad se considera entonces como el dechado del más alto tipo de cultura, y el título que confiere es mirado como la suma consagración de toda labor cultural. Y no obstante esta exaltación exagerada de la Universidad, el valor esencialmente cultural de ésta desciende en realidad al pasar a ser un establecimiento profesional en el que es difícil prosperen los estudios realmente desinteresados. La ciencia pura no encuentra tierra propicia en las Universidades profesionales. La Universidad ajusta, pues, su curriculum a un mínimo cultural, mal que, como hemos de ver, es extensivo a todas las instituciones educacionales. Veamos ahora cómo esta situación disloca los intereses del profesional y de la Universidad con respecto a los de la sociedad.

Pertrechado con tantos privilegios, el graduado de la Universidad afronta la socie-

dad con ánimo tranquilo. No pesando la amenaza de una sanción severa por su posible ineptitud, aquel ha reducido sus actividades universitarias al mínimo de aprendizaje compatible con la posesión del diploma. No es por perversión de su espíritu que el estudiante no reclama de la Universidad mayores enseñanzas ni más horas de clase ni mejores laboratorios, ni nuevas asignaturas. Su indiferencia nace de la falta de coincidencia entre su interés y el interés social. ¡Ya pediría todo aquello si al salir al mundo le esperara la lucha formidable de la concurrencia, y si todos sus logros hubieran de deberse a su acción exclusiva, sin el mágico auxilio del documento que le exime de responsabilidades! Pero en el mundo de intereses trastocados en que vive, el estudiante pensará siempre con el personaje de Hugo Wast que lo mejor sería «abolir los exámenes y otorgar los diplomas por votación de los mismos alumnos».

El fenómeno de que el diploma valga en sí más de lo que representa como presunción de saber efectivo queda así explicado suficientemente.

En cuanto a la Universidad, caen sobre ella los males inherentes al monopolio, que para su mal la mantiene a cubierto de los efectos saludables de la concurrencia. La intangibilidad de que gozan sus graduados la inmuniza contra la reacción social. La acecha un peligro gravísimo: puede degenerar. Si es pobre y nueva, procurará crecer en prestigio, en movimiento docente, en recursos, y al efecto aspirará a aumentar sus alumnos con especiales cebos. No lo haría si cada Universidad lanzase sus productos a un mundo de lucha abierta, porque entonces los fracasos refluirían sobre ella. Pero en un mundo donde no se fracasa, ¿quién osaría reprochar a su *alma mater* el haberle cedido a poca costa el privilegio? Cuando sea poderosa y rica y la irrupción de alumnos amenace disminuir las oportunidades económicas de un gremio, entornará sus puertas y cercenará arbitrariamente la prebenda, agravando así los resultados del privilegio y contribuyendo a depreciar más todavía las actividades no profesionales.

He ahí visibles los efectos de la irresponsabilidad que confiere al monopolio. No hay garantía permanente de que la Universidad funcione en consonancia con el interés social.

El que ha contemplado el espectáculo maravilloso de las Universidades libres de la otra América, alguna de las cuales ofrece 1500 cursos, a los que asiste una juventud no urgida por los inmorales atractivos de la prebenda, ha advertido con tristeza su duro contraste con las nuestras. Allí 600 Universidades malas y buenas se brindan al estudiante. El público, consciente de la diferencia de calidad de lo que se le ofrece, puede adoptar una actitud crítica, de investigación y de sanción. El alumno, por su parte, si la tentación lo llevase al camino del menor esfuerzo, no tardaría en sufrir los terribles resultados de la lucha con los mejores. En previsión de tal fracaso, él será el primero en reclamar de la Universidad más trabajo, más eficaces enseñanzas. Y las Universidades, no sufriendo de la anestesia del monopolio, responden a esos influjos compitiendo en recursos, en profesorado y en enseñanzas.

En Estados Unidos los estímulos naturales concurren a que la Universidad se perfeccione automáticamente, y tal ha acontecido desde los tiempos en que se prodigaban los títulos, hasta la hora actual en que centenares de Universidades se han cerrado, asfixiadas por el vacío creciente que les ha hecho la opinión.

Entre nosotros, a la inversa, todo concurre a que la Universidad librada a las fuerzas que sobre ella actúan, decaiga, debido a la tensión de intereses que no sólo no coinciden, sino que se oponen al interés social. Ya se observa una puja entre algunas de nuestras Universidades para atraer al estudiante brindándole facilidades nunca ofrecidas hasta ahora. Se inició esta caza al alumno abreviando el término de algunas carreras menores. Luego vino la innovación de abrir las puertas de ingreso a Medicina, Derecho, e Ingeniería a profesores normales... Arrastradas por esta concurrencia *a rebours* en la que la sociedad sale perdiendo, las Universidades nuevas crean

institutos propios que eluden el ciclo secundario...

La poderosa succión de la Universidad no sólo ha alterado el concepto social de cultura; no sólo ha perturbado el equilibrio del mercado de trabajo, sino que ha desnaturalizado nuestro sistema educacional. Ante todo, ha tenido por efecto dar un carácter preparatorio a la enseñanza secundaria, a despecho de una previsora pero teórica cláusula constitucional, de leyes, decretos, declaraciones y esfuerzos, todo lo cual no ha logrado mantener en el plan de estudios secundarios ni una asignatura que salga del consabido cuadro de requisitos pre-universitarios. Con ello la enseñanza media continúa empobrecida, y dentro del fatal *minimum*, sin posibilidad tampoco de incorporarse el moderno y fecundo principio de la electividad. ¡Qué lejos estamos de esa proliferación sorprendente de la enseñanza secundaria en Estados Unidos, verdadera encrucijada de caminos orientados a todas las vocaciones, con puertas abiertas a todas las formas de actividad, con docenas y docenas de asignaturas y la amplia y generosa oportunidad de libre elección de estudios!

En segundo lugar, el Colegio Secundario es un anticipo y siempre valdrá más ante las gentes como lugar de preparación al privilegio que como centro de enseñanza («La cuestión es pasar»). Por malo, por pésimo que sea un colegio secundario, su pobreza docente no afecta la gran función que lo hace deseable. Esta situación confiere al mal profesor una impunidad de que centenares aprovechan, y mantiene ocultas mil pequeñas llagas que no surgen a la luz, como ocurriría si la sociedad pusiera realmente a prueba la labor «docente» de esos institutos. En tales condiciones, la mejora didáctica que normalmente se empeña en realizar el Ministerio no está secundada por el concierto de intereses en juego.

La encadenada serie de consecuencias remata en la que acaso resulta más grave. Por haber privilegiado una forma de cultura, el Estado se ve obligado a escatimar su goce. De aquí que el Estado, con ser la única fuente importante de

la educación entre nosotros, se ve compelido a mezquinar cada vez más una dádiva que por aquella misma causa es ya de suyo pobre. Comparada con la de Estados Unidos, nuestra situación es de una inferioridad alarmante. Allí existen 21.500 colegios secundarios, frecuentados por más de «cuatro millones» de alumnos de 14 a 17 años de edad. ¡Para sostener la comparación necesitaríamos 1800 colegios secundarios. Es que allí se ha podido dar paso libre, sin peligro para nadie, hacia los estudios secundarios, a las multitudes estudiantiles empujadas por las exigencias de la vida moderna, ante las cuales la socorrida instrucción primaria es ya insuficiente como cultura general. En cambio nosotros, pueblo igualmente libre, fervoroso como él de democracia, donde no existe ni la más leve sombra de temor por la expansión de la cultura pública, nos vemos obligados, por una fatal correlación de circunstancias, a levantar barreras ante el niño que termina su ciclo primario. Y lo doloroso es el reconocimiento de que no procediendo así se llevaría el país a un desastre.

Y nos vemos obligados a levantar barreras y hacer que el paso del estudiante a través del colegio se parezca a la difícil prueba de caminar entre botellas sin voltearlas justamente cuando los Dewey, los Decroly, los Ferriere, los Dalton, las Montessori, proclaman los derechos educacionales del niño y del adolescente, y el deber de adaptar los métodos de enseñanza a sus vocaciones, a sus mismas incapacidades. Mas, ¿cómo proceder de acuerdo con estos principios, que por otra parte todo educador argentino hace tiempo ha hecho suyos, ante la corriente de aspirantes a la prebenda cultural? Por uno que llega, que «triunfa», es menester que cuatro queden en el camino; y no es exagerado afirmar que las actividades del Estado están en gran parte encaminadas a descubrir esos cuatro, y a eliminarlos, no obstante quedar ellos desmoralizados, fracasados, sin ideas prácticas sobre nada, pobres crisálidas que no son ya gusanos ni nunca serán mariposas, con un conjunto de nociones que apenas les per-

miten balbucear un santo y seña que sólo tiene valor en las altas esferas donde nunca llegarán.

Claro está que levantamos esas barreras con un propósito positivo: el desviar la corriente de una malsana preferencia y alimentar instituciones de enseñanza comercial e industrial. Pero con ello el Estado se ve obligado a limitar estrictamente la función de la enseñanza secundaria a la preparación de los futuros universitarios, no pudiendo darla a millares de otros necesitados de ella, y de quienes a su vez el país necesita. Porque en los tiempos que corren la cultura secundaria es un requisito casi universal, como lo fuera la primera en los días de Sarmiento. Los cuatro millones de estudiantes secundarios en los Estados Unidos siempre serán el grueso de las milicias educadas, el núcleo robusto de la formación del país. Desde 1863 nosotros no hemos hecho sino 40.000 bachilleratos, y vamos en camino de formar cada vez menos en vista de que las profesionales van llegando al punto de saturación. El estudiante de comercio y de artes y oficios será siempre un pobre sustituto del estudiante que se empapa en las disciplinas de una cultura a la vez clásica y científica. Contra los cuatro millones de estudiantes secundarios, los Estados Unidos, «el país de mercaderes», sólo tiene 188.000 alumnos de comercio.

Mas ¿cómo desviar esas corrientes sin reducir primero el privilegio que aquéllas comportan? Porque es de toda evidencia que el encumbramiento de las labores en el campo privilegiado de las profesiones y de todo el tren que las precede no se ha realizado sin una correlativa depreciación de las actividades relacionadas con el mercado libre y abierto. Para mayor mal de males, un taller industrial de aprendizaje juvenil o una granja para la práctica agrícola han sido siempre entre nosotros infaltables anexos de los asilos de niños indigentes, idiotas o depravados. ¿Será maravilla, con todo eso, que por cada diez alumnos que cursan estudios secundarios uno sólo haya abrazado las carreras indus-

triales y que los 600 concurrentes a todas las escuelas agrícolas del país quepan en el más pequeño de nuestros colegios metropolitanos?

No queremos decir, con todo lo que precede, que la educación no debe ser asunto de Estado. Grave error sería llegar a tal conclusión. El Estado no puede entre nosotros desentenderse de la educación, pues ésta ha sido su obra, y desde los días de Sarmiento el maestro, Mitre y de Urquiza, fundadores de Colegios Nacionales, el idealismo educacional compenetra la función pública. A despecho de la realidad, el Estado proclama su interés en la difusión de la cultura y se enorgullece de las sumas que invierte en esa tarea y de la cantidad de mentes a que alcanzan. Si algo ocurriera que lo permitiera, el Estado sería el primero en imitar a sus congéneres del Norte, y empapelaría también las calles con letreros que dijeran: «Venid, jóvenes de ambos sexos, instruíos, educaos. La escuela primaria no es ya bastante para satisfacer la necesidad de cultura. No hay actividad humana que no requiera el paso por un establecimiento de enseñanza durante la adolescencia. No abandonéis las bancas sin que nuestros institutos hayan descubierto vuestras verdaderas aptitudes. Contamos con oficinas preparadas para determinar vuestras vocaciones y orientarlas. No importa cuáles sean vuestras deficiencias parciales. El país reclama el desarrollo de vuestras habilidades salientes».

Sí; el Estado argentino, los estadistas argentinos, no verían el menor peligro en trazarse, si pudieran, ese programa cultural. En su homenaje al gran educador Joaquín González el actual ministro ha dicho: «La nacionalidad en sus fueros esenciales no se defiende, ni la democracia efectiva se ejercita con sólo el bagaje del abecedario, las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética y algunas diluidas nociones de historia y geografía; una cultura media más amplia y una posibilidad para todas las mentes capaces y anhelosas de llegar a las más altas esferas de la ciencia y del arte deben ser programa fundamental de todo

argentino». Programa generoso de educación, en que esta actividad recibe una interpretación humana y social; pero que sólo podrá realizarse liberando al Estado de una identificación demasiado estrecha con las implicaciones económicas de la cultura; identificación que le daña, pues le impone una función restrictiva que achica su gran misión de propulsor de esa cultura que tanta falta nos hace. Felices tiempos para todos, aquellos en que el Estado pueda presidir serenamente en la dádiva generosa de cultura, sin temores, sin condiciones, sin regateos, como seda el agua y el jabón, sin ceño fruncido, sin miradas de desconfianza, sin hurgar las ignorancias del que pide luz, sin injustas exclusiones de los que más necesitan de sus favores dándose todo él gozosamente y repartiéndolo las enseñanzas del aula y del laboratorio como se reparten libros, a manos llenas, sin que el acto generoso acompañe el temor de convertir cada libro en el distintivo de la prebenda o en la justificación de un parasitismo social.

Liberar al Estado de esa contradicción fatal entre el anhelo de sus hombres y las limitaciones del sistema dentro del cual se mueven; devolver al Estado su posición exaltada y neutral; dar aire a sus magníficas alas, he ahí la gran tarea. Tarea ardua, enorme, que se conceptuaría imposible si no fuera por la convicción de que no puede ser imposible lo necesario, lo imprescindible; si no la reclamase el descontento en que desde hace tiempo viene debatiéndose nuestra enseñanza pública; si no la impusieran las definiciones mismas de justicia, de educación y de democracia. Para realizarlas habrá que arremeter por entre una maleza de intereses, de prejuicios, de sofismas y de dudas sinceras, evitando al mismo tiempo que el interés venal o el sectarismo se apresten a ocupar posiciones que el Estado abandonase. Tarea para dos o tres generaciones, en fin, a las cuales tocará cerrar la era de protección cultural en que vivimos y que ya ha cumplido su misión histórica.

ERNESTO NELSON

(La Nación Buenos Aires)

Señales de los nuevos tiempos

Moscú, 16-VII-1927.

Al señor García Monge
San José, Costa Rica.

Muy señor mío:

Tengo mucho gusto de informarle que en la Academia de Artes de Moscú en Febrero pasado se ha fundado el Centro Ibero-Americano, bajo la presidencia del académico D. Sergio S. Ignatof. La nueva asociación se propone reunir a cuantos se interesan en el estudio de la literatura y del arte Ibero-Americanos. El Centro organiza conferencias y trabaja por la fundación de su biblioteca.

Permítame Ud. por medio de su *Repertorio Americano* dirigirse a todos escritores, sociedades literarias y redacciones de revistas y solicitarles a apoyar esta empresa, enviándonos sus obras y publicaciones.

Le remito mi nota sobre las últimas traducciones rusas de obras de V. Blasco Ibáñez.

Me gustaría mucho si yo mismo y nuestro pequeño Centro podríamos ser útiles para su *Repertorio*.

Su muy atto. y S. S. q. l. e. l. m.

S. IGNATOF

Dirección para toda la correspondencia:

Sergio S. Ignatof.
Kropotkin Street,
Mal. Levshinskiy per., 6.
Moscow, 34. U.
S. S. R.

La lucha de clases

Con la ejecución de Sacco y Vanzetti no se quiere imponer un castigo a los sindicatos de un crimen, sino castigar con la muerte a los profesantes de una idea. El hecho que dió origen a la causa ha pasado a ser una cosa secundaria en todo este escándalo que ha hecho protestar a muchos millones de hombres en todas las partes del mundo y de todas las razas humanas. La lucha que todavía se libra, apesar de todas las confirmaciones de la sentencia de muerte, por arrebatarse de la horea esas dos vidas, larga, cruel, inhumanamente martirizadas, no es una lucha entre la justicia, que pide el castigo de un crimen y la piedad que demanda perdón. Es sencillamente una lucha de clases. Los millonarios de Boston piden el sacrificio de los dos anarquistas, no ya por el crimen que se les imputa, sino por el credo que profesan. La sentencia del juez de Massachussets no condena a dos delincuentes sino a una doctrina. No es una sanción, es una venganza.

Por eso todos los hombres libres y amigos de la libertad han visto con repugnancia este acto monstruoso. Una onda general de protesta ha recorrido el mundo.

Sacco y Vanzetti, dos hombres humildes, oscuros, insignificantes, han venido así a cobrar una significación universal. Son dos héroes ya inmortalizados. El odio de clase los ha puesto en una eminencia que dominará mucho espacio de historia. Después de muchos años la libertad recordará estos dos nombres con un recuerdo doloroso y la civilización no podrá traerlos a la mente sin un sentimiento de vergüenza y de contrición.

(El Tiempo, Bogotá)